

BATALLAS DEL NUEVO PACTO



OSVALDO REBOLLEDA

BATALLAS DEL NUEVO PACTO



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Aliento de Vida (Orihuela – España)**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La fascinación moderna por la guerra espiritual.....	10
Capítulo dos:	
Cuando las tinieblas ocupan protagonismo.....	18
Capítulo tres:	
La guerra espiritual antes de la Cruz.....	26
Capítulo cuatro:	
El punto de inflexión del conflicto.....	34
Capítulo cinco:	
La posición de los hijos de Dios.....	41
Capítulo seis:	
El fin de la ansiedad y la mística espiritual.....	49
Capítulo siete:	
La armadura de Dios sin misticismo.....	57

Capítulo ocho:	
La batalla de la mente.....	66
Capítulo nueve:	
La batalla contra la carne.....	73
Capítulo diez:	
La batalla por la identidad.....	80
Capítulo once:	
La batalla contra el engaño.....	86
Capítulo doce:	
La verdadera victoria espiritual.....	93
Capítulo trece:	
La iglesia estable y victoriosa.....	100
Conclusión	107
Reconocimientos.....	111
Sobre el autor.....	113

INTRODUCCIÓN

“Cuando el lenguaje de la guerra eclipsa la victoria”

En las últimas décadas, dentro de muchos espacios de la iglesia, una expresión se volvió cada vez más frecuente: “La guerra espiritual”. Se habla de batallas invisibles, de confrontaciones contra las tinieblas, de territorios espirituales, de ataques demoníacos y de estrategias para resistir o derrotar al enemigo.

Para muchos creyentes, este lenguaje se volvió parte habitual de su vida cristiana. No es extraño escuchar a hermanos describir su caminar espiritual en términos de combate constante, como si la fe se desarrollara en un campo de batalla permanente, donde cada día les trae un nuevo enfrentamiento con fuerzas invisibles.

En ese contexto, la vida cristiana a veces comienza a percibirse más como una lucha interminable que como un camino de descanso en la obra de Cristo. Algunos creyentes viven con una sensación constante de alerta espiritual, interpretando casi cada dificultad como parte de una ofensiva de las tinieblas. Otros, movidos por el deseo sincero de vivir en victoria, buscan estrategias, métodos o prácticas que les permitan enfrentar ese supuesto conflicto permanente.

Sin embargo, en medio de este escenario surge una pregunta necesaria: ¿Es realmente así como el Nuevo Pacto describe la vida de los hijos de Dios?

La Escritura ciertamente reconoce la existencia del mal espiritual. No ignora la realidad de Satanás ni la presencia de fuerzas que se oponen al propósito de Dios. Negar esta dimensión sería ignorar una parte del testimonio bíblico, pero reconocer la realidad del conflicto espiritual no significa necesariamente que el centro de la vida cristiana deba girar alrededor de él.

Aquí es donde muchas veces surge una tensión silenciosa. Por un lado, existe el deseo legítimo de comprender las realidades espirituales. Por otro lado, cuando ciertos enfoques no están cuidadosamente anclados en la revelación del Nuevo Pacto, pueden terminar produciendo una espiritualidad marcada por el temor, la sospecha constante o una atención desproporcionada hacia las tinieblas.

Paradójicamente, en algunos contextos cristianos se habla tanto del enemigo que, sin darse cuenta, el foco comienza a desplazarse. La conversación espiritual gira cada vez más alrededor de lo que las tinieblas hacen, de cómo operan o de cómo enfrentarlas, mientras que la obra de Cristo, la verdadera base de nuestra fe, queda en un segundo plano.

En realidad, el mensaje central del evangelio no comienza con la actividad del enemigo, sino con la victoria de Cristo. El Nuevo Testamento no presenta a la iglesia como un grupo de creyentes tratando desesperadamente de ganar una guerra incierta. Más bien, presenta a una comunidad

redimida que ha sido introducida en una obra ya consumada, una victoria lograda por Cristo en la cruz y confirmada en su resurrección. Esta realidad cambia profundamente la forma de entender el conflicto espiritual.

Cuando la obra de Cristo ocupa el lugar central, muchas ideas que parecían incuestionables comienzan a ser revisadas. Algunas formas de interpretar la vida espiritual se muestran incompletas. Ciertos énfasis que parecían esenciales revelan no estar tan claramente respaldados por la enseñanza apostólica.

Entonces surgen nuevas preguntas: ¿Dónde se libra realmente la batalla de los creyentes? ¿Es el conflicto espiritual principalmente una confrontación externa contra poderes invisibles, o existe una dimensión más profunda que el Nuevo Pacto enfatiza con mayor claridad?

¿Por qué los apóstoles, al escribir a las iglesias, hablaron mucho más acerca de la mente, del corazón, de la verdad y de la identidad en Cristo que de estrategias de confrontación contra el enemigo? ¿Por qué el énfasis apostólico parece centrarse en la vida en Cristo más que en la lucha contra Satanás? Estas preguntas no buscan negar la realidad del mal espiritual, sino reordenar la manera en que lo comprendemos.

A lo largo de la historia de la iglesia, cada generación ha tenido que volver una y otra vez a la Escritura para revisar sus énfasis, corregir excesos y recuperar el equilibrio que el

evangelio propone. Este proceso no debilita la fe; por el contrario, la purifica y la fortalece.

El propósito de este libro nace precisamente de ese deseo: volver a examinar el tema del conflicto espiritual a la luz del Nuevo Pacto, permitiendo que sea la obra de Cristo la que establezca el marco desde el cual comprendemos nuestra vida espiritual.

Tal vez descubramos que algunas de las batallas que pensamos estar librando no son exactamente las que los apóstoles describieron. Tal vez también comprendamos que la victoria cristiana no depende tanto de estrategias de confrontación espiritual como de una realidad mucho más profunda: la vida en Cristo.

Cuando esa verdad ocupa el lugar que le corresponde, el creyente deja de vivir atrapado en una espiritualidad de tensión permanente y comienza a caminar con una comprensión más clara de su identidad, su posición y su esperanza.

En ese sentido, este libro no pretende ofrecer un nuevo método de guerra espiritual, ni presentar técnicas para confrontar al enemigo. Tampoco busca alimentar el interés por lo misterioso o lo espectacular dentro del ámbito espiritual. Más bien, su propósito es mucho más sencillo, y al mismo tiempo más profundo: ayudar a recuperar una visión bíblica, sobria y cristocéntrica de las verdaderas batallas que debemos enfrentar bajo el Nuevo Pacto.

Cuando Cristo vuelve a ocupar el centro, muchas cosas se ordenan. Las tinieblas dejan de parecer omnipresentes, el temor pierde terreno, la fe encuentra estabilidad, y la vida cristiana comienza a experimentarse no como una guerra interminable, sino como un caminar firme dentro de una victoria que ya fue obtenida.

Las páginas que siguen buscan explorar precisamente esa realidad. No para negar la existencia del conflicto espiritual, sino para comprenderlo desde la perspectiva correcta: la obra consumada de Cristo y la vida que el Nuevo Pacto ofrece a quienes están en Él.

A partir de allí podremos preguntarnos con mayor claridad: ¿Cuáles son realmente las batallas del Nuevo Pacto?

“¿Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¿Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos!”

Romanos 11:33

Capítulo uno

LA FASCINACIÓN MODERNA POR LA GUERRA ESPIRITUAL

En las últimas décadas, el lenguaje de la guerra espiritual ha adquirido una presencia cada vez más dominante dentro de amplios sectores del mundo cristiano. Expresiones como atar espíritus, romper maldiciones, derribar fortalezas territoriales, cancelar decretos espirituales o destruir principados han pasado a formar parte habitual del vocabulario religioso de muchas congregaciones. Para algunos creyentes, la vida cristiana se percibe casi exclusivamente en términos de confrontación constante contra fuerzas invisibles que operan detrás de cada circunstancia de la vida.

Esta tendencia no surgió en el vacío. En parte, responde al legítimo deseo de los creyentes de tomar en serio la realidad del mundo espiritual. La Biblia, ciertamente, no presenta solo una visión natural de la existencia. Desde Génesis hasta Apocalipsis encontramos evidencia clara de que la historia humana se desarrolla en medio de una realidad espiritual muy amplia, donde el bien y el mal se confrontan y donde Dios despliega Su propósito redentor en medio de la oposición del enemigo.

Sin embargo, entre reconocer la existencia del conflicto espiritual y construir una espiritualidad centrada casi exclusivamente en el conflicto, contiene una diferencia muy profunda. Cuando la guerra espiritual se convierte en el eje dominante de la experiencia cristiana, el resultado suele ser una fe marcada más por la tensión que por la confianza, más por la confrontación que por la comunión, y más por la sospecha espiritual que por el descanso en la obra consumada de Cristo.

No es difícil advertir cómo, en algunos contextos, la predicación y la enseñanza comienzan a girar constantemente alrededor del poder de las tinieblas. Las reuniones se orientan a identificar ataques demoníacos, a diagnosticar maldiciones generacionales, o a interpretar circunstancias cotidianas como manifestaciones directas de actividad espiritual hostil. De este modo, casi cualquier problema humano puede terminar siendo interpretado como resultado de la acción demoníaca.

El peligro de este enfoque no es que reconozca la existencia de las tinieblas, sino que termina otorgándoles un protagonismo que el Nuevo Testamento no les concede. No es que el mundo espiritual no tenga su peso, pero si logramos comprender la esencia de la Iglesia, comprenderemos que no hay tiniebla alguna capaz de perseverar contra ella.

Paradójicamente, en el intento de enseñar sobre la guerra espiritual, muchas comunidades cristianas terminan desarrollando una conciencia más fuerte del diablo que de

Cristo. Se habla más de lo que Satanás hace que de lo que Cristo ya ha hecho. Se dedica más tiempo a identificar la actividad de los demonios que a contemplar la gloria del Señor resucitado.

Este desequilibrio produce una espiritualidad caracterizada por una vigilancia constante, casi paranoica, frente al mundo espiritual. Los creyentes aprenden a mirar cada dificultad como posible evidencia de un ataque sobrenatural. Un conflicto familiar puede interpretarse como opresión demoníaca. Una crisis emocional puede atribuirse a una maldición espiritual. Una mala decisión puede ser vista como resultado de una influencia demoníaca directa. De este modo, la responsabilidad personal comienza a diluirse detrás de explicaciones espirituales simplificadas.

La Escritura, sin embargo, presenta una visión mucho más sobria y equilibrada de la realidad humana. El Nuevo Pacto reconoce la existencia de Satanás y de las fuerzas espirituales de maldad, pero al mismo tiempo identifica con claridad otras fuentes de conflicto en la vida humana: la carne, el pecado, la ignorancia espiritual, la inmadurez y el engaño.

El apóstol Santiago, por ejemplo, escribe con notable claridad: “*¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?*” (Santiago 4:1). Aquí el conflicto no es atribuido a demonios territoriales ni a ataques

espirituales invisibles, sino a deseos desordenados dentro del corazón humano.

Del mismo modo, el apóstol Pablo enseña que muchas de las luchas del creyente se desarrollan en el ámbito de la mente. En **Romanos 12:2** nos exhorta a no conformarnos a este siglo, sino a ser transformados por medio de la renovación de nuestro entendimiento. El problema central no siempre es una opresión demoníaca, sino una mente moldeada por patrones de pensamiento contrarios a la verdad de Dios.

Cuando estos elementos desaparecen del diagnóstico espiritual, la guerra espiritual comienza a transformarse en una explicación universal para casi cualquier problema.

Otro factor que ha contribuido al crecimiento de esta fascinación por la guerra espiritual es la influencia cultural del dramatismo religioso. El ser humano tiene una tendencia natural hacia lo espectacular. Lo visible, lo intenso y lo extraordinario capturan la atención con mayor facilidad que la fidelidad cotidiana, la formación del carácter o el crecimiento paciente en la verdad.

En ese contexto, la guerra espiritual puede convertirse fácilmente en una especie de escenario dramático donde el creyente se percibe a sí mismo como un combatiente permanente en un campo de batalla invisible.

Este tipo de espiritualidad suele estar acompañado por prácticas altamente teatralizadas: confrontaciones verbales contra demonios, proclamaciones repetitivas dirigidas al mundo espiritual, declaraciones territoriales o actos simbólicos que pretenden modificar la realidad espiritual de ciudades, regiones o naciones.

Sin embargo, cuando observamos con atención el testimonio apostólico del Nuevo Pacto, encontramos un contraste significativo. Los apóstoles no construyeron comunidades cristianas obsesionadas con confrontaciones demoníacas permanentes. Su énfasis principal estaba en la proclamación del evangelio del Reino, la formación doctrinal, la santidad de vida, la comunión con Cristo y la edificación de la iglesia como cuerpo de Cristo.

El libro de los Hechos, por ejemplo, registra episodios de confrontación con poderes espirituales, pero estos no constituyen el eje de la vida de la iglesia. La expansión del evangelio no se describe como una serie interminable de batallas espirituales estratégicas, sino como la proclamación fiel de Cristo crucificado y resucitado.

Cuando Pablo resume el contenido central de su predicación, no menciona estrategias de guerra espiritual, sino el anuncio de una persona:

“Porque no me propuse saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado.”

1 Corintios 2:2

Esta declaración revela algo fundamental para comprender la espiritualidad del Nuevo Pacto. El centro de la vida cristiana no es la confrontación con las tinieblas, sino la revelación de Cristo.

Cuando Cristo ocupa el lugar central, la realidad del conflicto espiritual se entiende correctamente. Pero cuando el conflicto ocupa el centro, Cristo termina siendo desplazado hacia un lugar secundario dentro de la experiencia cristiana, lo cual es muy peligroso, porque termina metiendo a la Iglesia en una mística que solamente la distrae del enfoque que debería sostener.

Las consecuencias de esta inversión son profundas. Una espiritualidad excesivamente centrada en la guerra espiritual suele producir desgaste emocional, ansiedad espiritual y una sensación constante de vulnerabilidad frente al poder del enemigo. El creyente vive con la impresión de que su estabilidad espiritual depende de su capacidad para detectar ataques invisibles o ejecutar determinadas prácticas de confrontación espiritual.

En lugar de descansar en la obra consumada de Cristo, los creyentes comienzan a vivir en una especie de vigilancia espiritual permanente. El Nuevo Pacto, sin embargo, presenta una perspectiva radicalmente distinta. La vida cristiana no comienza en un campo de batalla incierto, sino en el contexto de una victoria ya obtenida por Jesucristo. El apóstol Pablo lo expresa de manera contundente cuando escribe:

“Mas gracias sean dadas a Dios, que nos lleva siempre en triunfo en Cristo.”

2 Corintios 2:14

La imagen utilizada aquí no es la de un ejército que lucha desesperadamente por sobrevivir, sino la de una procesión triunfal que celebra una victoria ya lograda.

Este principio es fundamental para comprender correctamente la naturaleza del conflicto espiritual bajo el Nuevo Pacto. Los creyentes no luchan para obtener una victoria que aún no ha sido alcanzada; luchan desde la realidad de una victoria que Cristo ya ha asegurado mediante su muerte y resurrección. Cuando esta verdad se pierde de vista, la guerra espiritual se convierte fácilmente en una carga innecesaria sobre la conciencia de los hijos de Dios.

Por esta razón, antes de explorar las verdaderas batallas del creyente en el Nuevo Pacto, es necesario detenernos a reconsiderar el lugar que el conflicto espiritual ocupa dentro de la enseñanza bíblica. No se trata de negar su existencia, ni de minimizar la realidad de la oposición espiritual, sino de ubicarla dentro del marco correcto de la revelación del evangelio.

La Biblia reconoce el conflicto espiritual, pero no construye una espiritualidad centrada en él. La fe cristiana no es una existencia dominada por el miedo a las tinieblas, sino una vida iluminada por la supremacía de Cristo. La iglesia no

fue llamada a vivir obsesionada con el poder del enemigo, sino a caminar en la luz de la victoria del Señor.

Comprender esta diferencia es el primer paso para liberar la vida cristiana de la ansiedad espiritual innecesaria y volver a colocar a Cristo en el lugar que le corresponde: el centro absoluto de la fe, de la esperanza y de la vida del creyente. Y es precisamente desde ese centro, la obra consumada del Hijo de Dios, que debemos comenzar a reconsiderar el lugar que las tinieblas ocupan en la experiencia cristiana.

Capítulo dos

CUANDO LAS TINIEBLAS OCUPAN PROTAGONISMO

Una de las distorsiones más frecuentes en la comprensión contemporánea del conflicto espiritual consiste en magnificar el poder de las tinieblas hasta un punto que la Escritura nunca establece. No se trata simplemente de reconocer la existencia del mal espiritual, algo que la Biblia afirma con claridad, sino de otorgarle un protagonismo desproporcionado dentro de la vida cristiana.

Cuando esto ocurre, los hijos de Dios comienzan a interpretar la realidad espiritual a través de un lente dominado por la sospecha constante de actividad demoníaca. Las tinieblas pasan a ocupar un espacio mental y emocional mucho mayor del que el evangelio les concede.

Este fenómeno no siempre surge de una intención incorrecta. Muchas veces nace del deseo sincero de tomar en serio la advertencia bíblica acerca de la oposición espiritual. Los creyentes leen textos como **1 Pedro 5:8**, donde el apóstol advierte que el diablo anda como león rugiente buscando a quien devorar, y concluyen que la vida cristiana debe vivirse en un estado permanente de alerta frente a ataques invisibles.

Sin embargo, cuando este principio se separa del conjunto de la revelación del Nuevo Pacto, puede producir una espiritualidad marcada por el temor más que por la confianza.

El problema no es reconocer la existencia de las tinieblas, sino permitir que ellas definan el centro de la experiencia espiritual del creyente.

La enseñanza apostólica, por el contrario, dirige constantemente la mirada de la iglesia hacia la supremacía de Cristo y la suficiencia de su obra redentora. El Nuevo Testamento no niega la realidad del enemigo, pero tampoco lo presenta como una fuerza que compite en igualdad de condiciones con el poder de Dios, porque muestra al diablo como rival de los hombres, pero no de Dios, él solo es una criatura creada.

En muchos casos, sin embargo, la narrativa popular de la guerra espiritual parece describir un universo donde Satanás posee un poder casi ilimitado sobre la vida de los santos. Bajo esta perspectiva, cada dificultad puede interpretarse como un ataque directo del enemigo, cada fracaso como evidencia de opresión espiritual y cada lucha interna como manifestación de una presencia demoníaca oculta.

Este enfoque produce inevitablemente una espiritualidad de sospecha constante. El creyente comienza a examinar cada circunstancia de su vida buscando señales de

actividad demoníaca. Las luchas emocionales, los conflictos familiares, las tensiones relacionales o incluso las consecuencias de decisiones equivocadas terminan siendo explicadas en términos de guerra espiritual.

De esta manera, lo que muchas veces pertenece al ámbito de la responsabilidad humana o del proceso normal de crecimiento espiritual es reinterpretado como actividad directa de las tinieblas.

La Escritura, sin embargo, presenta un diagnóstico mucho más equilibrado de la condición humana. En numerosas ocasiones, los apóstoles identificaron el origen de los conflictos humanos, no en los demonios, sino en el corazón humano mismo. Santiago declara con claridad que muchas de las luchas que experimentamos provienen de deseos desordenados que combaten dentro de nosotros.

“¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?”

Santiago 4:1

Aquí el problema no es una opresión demoníaca externa, sino una lucha interna relacionada con los deseos, las pasiones y las inclinaciones del corazón humano. El apóstol Pablo, por su parte, dedica una parte considerable de su enseñanza a describir el conflicto entre la carne y el Espíritu.

“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais.”

Gálatas 5:17

Este conflicto no se describe como una batalla contra demonios externos, sino como una tensión interna entre dos principios que operan dentro de la vida del creyente.

Cuando estas enseñanzas desaparecen del marco interpretativo del creyente, el resultado es una tendencia a atribuir al enemigo lo que muchas veces corresponde a la responsabilidad personal, a la inmadurez espiritual o simplemente a las consecuencias de decisiones equivocadas.

El problema de magnificar las tinieblas no es solamente teológico; también es profundamente pastoral. Una espiritualidad centrada en la actividad demoníaca produce creyentes que viven en constante incertidumbre espiritual. Si cada circunstancia puede ser resultado de un ataque invisible, entonces la vida cristiana se transforma en una experiencia marcada por la inseguridad permanente.

Este tipo de enfoque genera preguntas que la Escritura nunca plantea: ¿Habrán un espíritu operando detrás de esta dificultad? ¿Será una maldición generacional la causa de este problema? ¿Habrán una puerta espiritual abierta que permitió la entrada del enemigo? Cuando estas preguntas se convierten en el eje de la vida espiritual, la atención del

creyente comienza a desplazarse lentamente de Cristo hacia las tinieblas.

Sin embargo, el evangelio presenta una perspectiva radicalmente diferente. El Nuevo Pacto no describe a los creyentes como personas vulnerables que deben vivir bajo el constante temor de la actividad demoníaca. Por el contrario, los presenta como participantes de una victoria decisiva obtenida por Cristo en la cruz. Esta verdad se expresa de manera extraordinaria en una de las declaraciones más contundentes del apóstol Pablo:

“Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.”
Colosenses 2:15

Este versículo describe el acontecimiento central que redefine completamente la relación entre el creyente y las tinieblas. La cruz no fue solamente el lugar donde Cristo obtuvo el perdón de nuestros pecados; fue también el escenario donde los poderes espirituales que oprimían a la humanidad fueron desarmados y expuestos públicamente como derrotados.

La imagen que Pablo utiliza proviene del mundo romano. Cuando un general obtenía una victoria decisiva sobre sus enemigos, estos eran despojados de sus armas y exhibidos públicamente en una procesión triunfal que celebraba la derrota definitiva del adversario. Ese es el

lenguaje que el apóstol utiliza para describir lo que ocurrió en la cruz.

Los principados y potestades no fueron simplemente contenidos o debilitados; fueron despojados. Su poder acusador fue quebrado porque el pecado, la base de su acusación, fue cancelado mediante el sacrificio de Cristo. Esto significa que la relación del creyente con las tinieblas debe interpretarse siempre a la luz de la victoria consumada de Cristo.

Cuando esta verdad es olvidada, el enemigo comienza a ocupar en la mente del creyente un lugar que la Escritura nunca le asigna. El diablo pasa de ser un enemigo derrotado a convertirse en una amenaza permanente que parece tener acceso constante a la vida del cristiano, pero el Nuevo Testamento insiste en afirmar algo muy distinto. El apóstol Juan declara con profunda convicción:

“Mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo.”

1 Juan 4:4

Esta afirmación no pretende negar la existencia del enemigo, sino establecer claramente la superioridad absoluta del poder de Dios que habita en el creyente. El problema surge cuando la iglesia pierde esta perspectiva y comienza a contemplar el conflicto espiritual desde una óptica que magnifica la actividad de las tinieblas más de lo que magnifica la victoria de Cristo.

En ese contexto, la guerra espiritual deja de ser una realidad reconocida con sobriedad y pasa a convertirse en una obsesión que domina la conciencia espiritual del creyente. Pero el evangelio nunca fue diseñado para producir una espiritualidad obsesionada con las tinieblas. La fe cristiana es, ante todo, una invitación a contemplar la gloria de Cristo y a vivir a la luz de su obra redentora.

Cuanto más claramente vemos la grandeza de la victoria obtenida en la cruz, menos espacio ocupan las tinieblas en nuestra comprensión de la vida espiritual. El enemigo sigue existiendo, pero ya no ocupa el centro del escenario. Su poder ha sido limitado, su acusación ha sido silenciada y su autoridad ha sido quebrada por la obra del Hijo de Dios.

Por esta razón, la vida cristiana no debe vivirse bajo la sombra constante de las tinieblas, sino bajo la luz de la victoria de Cristo. Comprender esta verdad no conduce a la ingenuidad espiritual ni a la negación del conflicto. Conduce a algo mucho más saludable: una fe sobria, equilibrada y profundamente centrada en la supremacía del Señor.

Es precisamente esa supremacía la que redefine completamente el escenario del conflicto espiritual, porque si la cruz realmente desarmó a los poderes espirituales, entonces la historia humana ya no se desarrolla bajo el mismo orden espiritual que existía antes de ese acontecimiento.

La cruz no solo cambió la relación del hombre con Dios, cambió también la estructura misma del conflicto espiritual. Para comprender plenamente esta transformación, debemos mirar brevemente cómo era la condición espiritual de la humanidad antes de la obra redentora de Cristo, porque solo cuando entendemos cómo era el mundo antes de la cruz podemos apreciar con claridad lo que realmente cambió a partir de ella.

Capítulo tres

LA GUERRA ESPIRITUAL ANTES DE LA CRUZ

Para comprender correctamente la naturaleza del conflicto espiritual bajo el Nuevo Pacto, es necesario considerar primero la condición espiritual de la humanidad antes de la obra redentora de Cristo. Sin esta perspectiva histórica y teológica, muchas enseñanzas sobre la guerra espiritual terminan mezclando realidades que pertenecen a distintos momentos del desarrollo del plan de Dios.

Uno de los errores más frecuentes en la interpretación contemporánea de la guerra espiritual consiste en asumir que la relación entre las tinieblas y la humanidad permanece esencialmente igual a lo largo de toda la historia bíblica. Sin embargo, el testimonio del Nuevo Testamento afirma con claridad que la cruz introdujo un cambio radical en la estructura misma del conflicto espiritual.

Antes de la obra de Cristo, la humanidad se encontraba en una condición de cautividad espiritual mucho más profunda de lo que muchas veces imaginamos.

Desde la caída en el jardín de Edén, el pecado no solo introdujo corrupción moral en la naturaleza humana; también abrió la puerta a una forma de dominio espiritual que afectó profundamente la relación entre el hombre, Dios y el mundo espiritual.

Jesús mismo describió esta realidad cuando habló del poder que las tinieblas ejercían sobre la humanidad antes de su obra redentora. El apóstol Juan registró esta enseñanza en su Evangelio:

“Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.”

Juan 12:31

La expresión príncipe de este mundo revela algo importante acerca de la situación espiritual previa a la cruz. Satanás ejercía una influencia real sobre el sistema del mundo caído. No se trataba de un dominio absoluto, pues Dios siempre ha permanecido soberano sobre toda la creación, pero sí de una esfera de autoridad que afectaba profundamente la condición espiritual de la humanidad.

Respecto de esto, el apóstol Pablo describe esta situación con una claridad aún mayor al escribir a los creyentes de Éfeso:

“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo,

conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.”

Efesios 2:1 y 2

Este pasaje revela tres dimensiones fundamentales de la condición humana antes de la redención: muerte espiritual, esclavitud al pecado y sujeción a un sistema espiritual dominado por el enemigo. La humanidad no era simplemente un conjunto de individuos moralmente imperfectos; era una raza espiritualmente cautiva.

El pecado había separado al hombre de Dios, y esa separación había creado un terreno fértil para la influencia de las tinieblas. La mente humana, alejada de la luz de Dios, se encontraba vulnerable al engaño espiritual. El corazón humano, inclinado hacia el pecado, respondía naturalmente a los deseos desordenados que caracterizan al mundo caído.

Pablo también describe esta condición utilizando un lenguaje particularmente fuerte cuando enseñó a los colosenses:

“Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en pecados.”

Colosenses 2:13

La muerte espiritual no significa la inexistencia de actividad religiosa o moral. Muchas personas profundamente religiosas pueden vivir en una condición espiritual de muerte si su relación con Dios no ha sido restaurada por medio de

Cristo. La muerte espiritual describe una desconexión profunda de la vida de Dios, y ese era el estado de la humanidad, que se encontraba bajo la acusación constante del pecado.

Una de las dimensiones más importantes del dominio de las tinieblas antes de la cruz era precisamente el poder de la acusación. Satanás aparece en las Escrituras como el acusador del pueblo de Dios. Su capacidad para acusar se apoyaba en una realidad concreta: el pecado humano. Mientras el pecado permaneciera sin resolver, la acusación tenía fundamento, pero luego de la cruz esa situación cambió para nosotros.

La ley misma, que era santa y justa, terminaba revelando constantemente la incapacidad humana para cumplir plenamente con la voluntad de Dios. Pablo explica esta realidad cuando escribe:

“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios.”

Romanos 3:19

La ley exponía el pecado, pero no podía liberar al hombre de su dominio. De este modo, la humanidad permanecía atrapada en una condición de culpabilidad permanente. Por eso fue necesario no solo el perdón, sino la justificación. El perdón no elimina los hechos, pero la justificación anula definitivamente la condena.

En este contexto, el poder de las tinieblas encontraba su terreno de operación más efectivo. El pecado producía culpa, la culpa producía acusación y la acusación mantenía al hombre bajo condenación. El escritor de Hebreos describe otra dimensión de esta esclavitud espiritual al afirmar que la humanidad vivía bajo el temor constante de la muerte:

“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre.”

Hebreos 2:14 y 15

Aquí se revela otro aspecto del dominio espiritual previo a la cruz: la esclavitud producida por el temor. La humanidad vivía bajo una conciencia constante de su fragilidad, de su mortalidad y de su incapacidad para escapar de la muerte. Ese temor alimentaba una forma profunda de servidumbre espiritual.

Por esta razón, el mundo anterior a la cruz no era simplemente un mundo moralmente imperfecto; era un mundo espiritualmente cautivo. Sin embargo, incluso en medio de esa condición, Dios estaba preparando el escenario para una intervención decisiva en la historia humana.

A lo largo del Antiguo Testamento encontramos promesas que anticipaban un día en que el poder del enemigo

sería quebrado y la relación entre Dios y su pueblo sería restaurada de una manera definitiva.

Uno de los anuncios más tempranos de esta victoria aparece ya en el libro de Génesis, inmediatamente después de la caída. Dios declara que la descendencia de la mujer heriría la cabeza de la serpiente. Esta promesa contenía en germen el anuncio de una victoria futura sobre el poder del mal.

Siglos más tarde, los profetas comenzarían a hablar de un nuevo pacto en el cual Dios transformaría radicalmente la condición espiritual de su pueblo. Jeremías anuncia un tiempo en que la ley de Dios sería escrita en el corazón del hombre. Ezequiel habla de un nuevo corazón y un nuevo espíritu dados por Dios mismo.

Todas estas promesas apuntaban hacia un acontecimiento central que transformaría la historia espiritual de la humanidad: “La obra de Jesucristo en la cruz del Calvario”.

La muerte y resurrección de Jesucristo no fueron simplemente un acto de sacrificio personal ni un ejemplo supremo de amor. Fueron el punto de inflexión donde el dominio del pecado, la acusación y el poder de las tinieblas comenzaron a ser quebrados de manera definitiva.

Lo que durante siglos había mantenido cautiva a la humanidad fue confrontado directamente en ese momento.

Por eso, cuando el Nuevo Testamento describe la obra de Cristo, utiliza un lenguaje de liberación, redención y triunfo. Pablo escribe:

“Él nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo.”

Colosenses 1:13

Este versículo describe un cambio de reino, un traslado espiritual que redefine completamente la posición del creyente frente a las tinieblas. Antes de la cruz, la humanidad se encontraba bajo la esfera de influencia de un mundo caído dominado por el pecado y la acusación. Después de la cruz, aquellos que creen en Cristo son trasladados a una nueva realidad espiritual.

Por esta razón, cualquier enseñanza sobre la guerra espiritual que no tenga en cuenta este cambio fundamental corre el riesgo de interpretar la vida cristiana utilizando categorías que pertenecen al mundo anterior a la redención.

El conflicto espiritual sigue existiendo, pero ya no se desarrolla en el mismo escenario. La cruz cambió el terreno de la batalla. Donde antes había esclavitud, ahora hay redención, donde antes había acusación, ahora hay justificación, donde antes había dominio de las tinieblas, ahora hay participación en el reino de Cristo.

Comprender esta transición es esencial para interpretar correctamente las luchas espirituales del creyente en el

Nuevo Pacto. Porque si el escenario cambió, también cambió la naturaleza de la batalla y es precisamente ese cambio, la derrota decisiva de los poderes espirituales en la cruz, lo que debemos considerar con mayor profundidad.

Ese acontecimiento no solo perdonó pecados, sino que marcó el momento en que el conflicto espiritual comenzó a desarrollarse desde una victoria ya obtenida. Ese será el punto central del próximo capítulo, donde contemplaremos la cruz como el verdadero punto de inflexión del conflicto espiritual en toda la historia de la redención.

Capítulo cuatro

EL PUNTO DE INFLEXIÓN DEL CONFLICTO

En el centro de la fe cristiana se encuentra un acontecimiento que cambió para siempre la historia espiritual de la humanidad. La cruz de Jesucristo no fue solamente el momento en que un hombre justo sufrió injustamente ni el escenario de un sacrificio religioso entre muchos otros. Fue el punto decisivo donde se confrontaron el pecado, la muerte y el poder de las tinieblas, y donde la victoria de Dios se manifestó de una manera irreversible.

Sin embargo, a lo largo del tiempo muchos creyentes han comprendido la cruz de manera incompleta. Con frecuencia se la entiende únicamente como el lugar donde nuestros pecados fueron perdonados, lo cual ciertamente es una verdad gloriosa y central del evangelio. Pero el Nuevo Testamento presenta la obra de Cristo con una amplitud mucho mayor. En la cruz no solo se resolvió el problema de la culpa humana; también se quebró el sistema espiritual que mantenía cautiva a la humanidad.

La cruz fue el momento donde el conflicto espiritual alcanzó su clímax y, al mismo tiempo, su resolución decisiva.

Desde el comienzo de su ministerio, Jesús habló repetidamente de ese momento como el punto culminante de su misión. Él sabía que su muerte no sería simplemente una tragedia histórica, sino el escenario donde se produciría una confrontación cósmica entre el reino de Dios y el poder del mal. Por eso declaró poco antes de su crucifixión:

“Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.”

Juan 12:31

La cruz aparece aquí como un acto judicial. En ella se produce el juicio de un sistema espiritual que había dominado al mundo desde la caída. El príncipe de este mundo, una referencia clara a Satanás sería expulsado de la posición de autoridad que había ejercido dentro del orden del mundo caído.

Este lenguaje no sugiere la eliminación absoluta de la actividad del enemigo en la historia presente, pero sí anuncia el quebrantamiento de su autoridad fundamental. La obra de Cristo no consistió simplemente en resistir al enemigo; consistió en derrotarlo. El apóstol Pablo describe esta victoria utilizando una imagen poderosa en su carta a los colosenses:

“Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz;

y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.”

Colosenses 2:13 al 15

En estas palabras encontramos una de las descripciones más completas de lo que ocurrió espiritualmente en el Calvario.

Primero, Pablo afirma que Dios nos dio vida juntamente con Cristo. La obra de la cruz no solo cancela una deuda; introduce una nueva vida espiritual que transforma completamente la condición del creyente.

Luego menciona la anulación del acta de los decretos que estaba contra nosotros. Esta expresión se refiere a la deuda moral y legal producida por el pecado. Cada transgresión humana constituía una acusación legítima ante la justicia divina. Esa acusación era precisamente el terreno sobre el cual el enemigo ejercía su poder acusador. Pero en la cruz esa deuda fue cancelada.

El lenguaje utilizado por Pablo sugiere la imagen de un documento legal que certifica una deuda pendiente. Ese documento fue quitado de en medio y clavado en la cruz. La acusación que pesaba sobre la humanidad fue eliminada mediante el sacrificio del Hijo de Dios.

Aquí se encuentra una de las claves más profundas para comprender la derrota del enemigo. Satanás no ejercía su influencia principalmente mediante fuerza bruta, sino

mediante acusación. Su poder estaba ligado al problema del pecado humano. Mientras el pecado permaneciera sin resolver, la acusación tendría fundamento. Pero cuando Cristo cargó con el pecado del mundo, el fundamento de esa acusación fue destruido.

Por esta razón, inmediatamente después de mencionar la cancelación de la deuda, Pablo afirma que los principados y potestades fueron despojados. La palabra utilizada aquí describe el acto de quitar las armas a un enemigo derrotado. Aquello que sostenía su poder fue removido.

En consecuencia, la cruz no solo reconcilia al hombre con Dios; también desarma a los poderes espirituales que operaban mediante la acusación y la condenación.

Pablo continúa diciendo que esos poderes fueron exhibidos públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz. La imagen que aparece aquí proviene de las procesiones triunfales del mundo romano. Cuando un general obtenía una victoria decisiva, los enemigos derrotados eran despojados de sus armas y exhibidos públicamente como prueba de la victoria obtenida. Esa es la imagen que el apóstol utiliza para describir lo que ocurrió en el Calvario.

Lo que parecía la derrota de un hombre colgado en una cruz, fue en realidad la manifestación de la victoria más grande en la historia del universo. La cruz fue el lugar donde el pecado fue juzgado, la deuda fue cancelada, la acusación

fue silenciada y los poderes espirituales fueron despojados de su autoridad.

Por esta razón, cualquier comprensión del conflicto espiritual que ignore la centralidad de la cruz inevitablemente termina produciendo una visión distorsionada de la vida cristiana.

Si el creyente olvida lo que realmente ocurrió en la cruz, puede comenzar a vivir como si la victoria aún estuviera por obtenerse. La guerra espiritual se transforma entonces en un intento constante por lograr algo que el evangelio del Nuevo Pacto afirma que ya ha sido realizado.

El escritor de Hebreos declara que Cristo participó de carne y sangre para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo. Esta declaración no describe una victoria parcial ni provisional. Describe una derrota decisiva del poder que mantenía cautiva a la humanidad mediante el temor y la muerte. Esto significa que el creyente del Nuevo Pacto no enfrenta al enemigo desde una posición de incertidumbre, sino desde la realidad de una victoria consumada.

La cruz no inauguró una guerra interminable; inauguró una nueva realidad espiritual. Desde ese momento, el conflicto espiritual ya no gira en torno a quién obtendrá la victoria final. Esa victoria pertenece irrevocablemente a Cristo. El conflicto que permanece está relacionado con la aplicación y la manifestación de esa victoria en la vida de los

creyentes y en la historia del mundo. Por eso el Nuevo Testamento dirige constantemente la atención de la iglesia hacia la obra terminada de Cristo.

Cuando Jesús pronunció las palabras “*Consumado es*”, no estaba simplemente expresando el final de su sufrimiento. Estaba declarando la culminación de la obra redentora que el Padre le había encomendado. La deuda había sido pagada, la acusación había sido cancelada, el poder del pecado había sido quebrado y el enemigo había sido desarmado.

Todo esto quedó sellado en el momento de la resurrección, cuando Dios levantó a su Hijo de entre los muertos y lo exaltó por encima de todo poder, autoridad y dominio. La resurrección no fue simplemente un milagro extraordinario; fue la confirmación pública de la victoria obtenida en la cruz.

Por esta razón, la vida cristiana no comienza en la incertidumbre de una batalla cuyo resultado es desconocido. Comienza en la certeza de una victoria que ya ha sido asegurada. Sin embargo, comprender esta victoria no significa automáticamente vivir a la luz de ella.

Muchos creyentes han escuchado acerca de la obra de Cristo, pero continúan viviendo espiritualmente como si todavía estuvieran bajo la sombra de las tinieblas. Sus pensamientos, temores y expectativas siguen siendo moldeados por una visión del conflicto espiritual que no

refleja plenamente la realidad del Nuevo Pacto. Por eso el Nuevo Pacto insiste en recordar constantemente a la iglesia su verdadera posición espiritual.

Los creyentes no solo hemos sido perdonados; sino que hemos sido incorporados a una nueva realidad en Cristo. Comprender esta posición es esencial para vivir con libertad y estabilidad espiritual, porque la victoria de la cruz no solo cambió nuestra relación con el pecado, sino que cambió también nuestra posición frente a todo poder espiritual. Y es precisamente esa nueva posición, una posición de vida, autoridad y comunión con Cristo, la que debemos considerar ahora con mayor profundidad.

El próximo paso en nuestra comprensión del conflicto espiritual consiste en descubrir dónde se encuentra realmente el creyente en relación con Cristo resucitado. El apóstol Pablo lo expresa con una afirmación sorprendente que transforma completamente nuestra perspectiva espiritual: hemos sido hechos sentar con Cristo en los lugares celestiales.

Comprender el significado de esa verdad es fundamental para abandonar la espiritualidad de supervivencia que caracteriza a muchos creyentes y comenzar a vivir desde la posición que el Nuevo Pacto ya nos ha otorgado.

Capítulo cinco

LA POSICIÓN DE LOS HIJOS DE DIOS

Una de las verdades más extraordinarias y, al mismo tiempo, menos comprendidas del Nuevo Pacto es la posición espiritual que los hijos de Dios tenemos en Cristo. Con frecuencia, la vida cristiana es presentada como una lucha permanente por alcanzar estabilidad espiritual, como si estuviéramos constantemente intentando ascender hacia una posición que aún no hubiéramos alcanzado.

Bajo esta perspectiva, la fe se experimenta como un esfuerzo continuo por acercarse a Dios, resistir fuerzas espirituales adversas y conservar una frágil estabilidad espiritual frente a un mundo hostil. Sin embargo, el lenguaje apostólico describe una realidad completamente distinta.

El apóstol Pablo escribe a los creyentes de Éfeso una de las declaraciones más profundas acerca de la identidad espiritual del cristiano:

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia

sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.”

Efesios 2:4 al 6

Estas palabras describen una transformación radical de la condición espiritual del creyente. Pablo menciona tres acciones divinas que definen la nueva realidad del cristiano: hemos sido vivificados con Cristo, resucitados con Cristo y hechos sentar con Cristo en los lugares celestiales.

La primera de estas acciones se refiere a la vida espiritual. Antes de la redención, la humanidad se encontraba espiritualmente muerta, separada de la vida de Dios y atrapada bajo el dominio del pecado. Pero en la obra de Cristo esa condición fue transformada. Dios nos dio vida juntamente con su Hijo. La vida que ahora poseemos no es simplemente una mejora moral de la naturaleza humana; es una participación en la vida misma de Cristo.

La segunda acción habla de resurrección. La resurrección de Cristo no fue solamente un acontecimiento histórico que confirmó su identidad como el Hijo de Dios. También fue el inicio de una nueva humanidad. En la perspectiva apostólica, los creyentes participan espiritualmente de esa resurrección. La vida del cristiano no es una prolongación de la vieja existencia dominada por el pecado; es el comienzo de una nueva vida que surge de la victoria de Cristo sobre la muerte. Pero es la tercera afirmación la que revela algo aún más sorprendente.

Pablo declara que los creyentes han sido hechos sentar con Cristo en los lugares celestiales. Esta expresión contiene una profunda verdad espiritual acerca de la posición del creyente. En el lenguaje bíblico, sentarse no es simplemente una postura física; es una imagen de autoridad, estabilidad y obra consumada.

En el mundo antiguo, los reyes gobernaban desde su trono, y ese trono era el símbolo de su autoridad. Sentarse en un lugar de gobierno significaba ejercer dominio desde una posición establecida. Cuando el Nuevo Pacto describe a Cristo después de su resurrección, lo presenta sentado a la diestra del Padre. El escritor de Hebreos afirma:

“Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios.”

Hebreos 10:12

El hecho de que Cristo esté sentado indica que su obra redentora ha sido completada. No está de pie repitiendo sacrificios ni luchando por obtener una victoria que aún no ha sido asegurada. Está sentado porque la obra ha sido consumada. Y es precisamente en esa posición donde Pablo afirma que el creyente ha sido colocado espiritualmente.

Esto no significa que el cristiano haya sido transportado físicamente al cielo ni que haya dejado de vivir en el mundo presente. Significa que su posición espiritual está definida por su unión con Cristo. Lo que Cristo es y

donde Cristo está determina la identidad espiritual del creyente. Esta verdad tiene implicaciones profundas para la comprensión del conflicto espiritual.

Si el creyente ha sido hecho sentar con Cristo en los lugares celestiales, entonces su relación con las fuerzas espirituales no puede interpretarse como la de alguien que lucha desde abajo contra poderes que lo dominan desde arriba, y el Nuevo Pacto expone claramente nuestra posición.

Un capítulo antes, Pablo había descrito la exaltación de Cristo con estas palabras:

“Y la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío.”

Efesios 1:20 y 21

Cristo ha sido exaltado por encima de todo poder espiritual. Ninguna autoridad, visible o invisible, se encuentra por encima de Su señorío, y si los creyentes estamos unidos a Cristo, entonces participamos espiritualmente de esa misma posición.

Esto no significa que los cristianos ejerzamos autoridad independiente, ni que poseamos un poder propio separado de Cristo. Toda autoridad espiritual que tenemos deriva de nuestra unión con el Señor. Pero esa unión establece una relación completamente distinta con el mundo espiritual, porque no podemos vivir bajo el dominio de las tinieblas y a

la misma vez bajo el Señorío de Cristo. Esta verdad debe transformar radicalmente la manera en que interpretamos la guerra espiritual.

Muchos cristianos han sido enseñados a verse a sí mismos como soldados exhaustos que luchan desesperadamente por sobrevivir en un campo de batalla dominado por fuerzas invisibles. La vida espiritual se presenta entonces como una lucha constante por mantener una frágil estabilidad frente a ataques permanentes del enemigo, pero el Nuevo Pacto presenta una realidad completamente diferente.

No somos sobrevivientes espirituales, sino que somos participantes de la victoria de Cristo. Las batallas que enfrentamos los hijos de Dios no consisten en intentar conquistar territorios espirituales que pertenecen al enemigo. En realidad, todo territorio es propiedad de Cristo.

Que un territorio esté ocupado o dominado por las tinieblas no significa que les pertenezca, por tanto, los hijos de Dios lo que debemos hacer, es tomar posesión de lo que nos pertenece en Cristo. Nuestras batallas consisten en aprender a vivir de acuerdo con la posición que ya ha sido otorgada en el Nuevo Pacto y hacer valer nuestros derechos de propiedad en Él.

Este principio aparece repetidamente en las cartas apostólicas. Pablo no exhorta a los creyentes a obtener una identidad espiritual; los exhorta a vivir de acuerdo con la

identidad que ya poseen. Por ejemplo, escribe a los colosenses:

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.”

Colosenses 3:1

El apóstol no dice: “Esfuércense por resucitar con Cristo”. Afirma que esa resurrección ya ha ocurrido espiritualmente. Sobre esa base exhorta a los creyentes a orientar nuestra vida hacia la realidad espiritual que ya nos pertenece.

La vida cristiana, por lo tanto, no consiste en intentar alcanzar una posición espiritual, sino en aprender a caminar desde una posición que ya ha sido establecida por la gracia de Dios. Cuando esta verdad se comprende, muchas de las tensiones que caracterizan la espiritualidad de ansiedad comienzan a desaparecer.

Cuando comprendemos las virtudes del Nuevo Pacto, los cristianos dejamos de vivir bajo la presión constante de intentar mantener una victoria espiritual frágil. En lugar de eso, comenzamos a descansar en la obra consumada de Cristo y a enfrentar la vida desde la seguridad de nuestra unión con el Señor.

“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos...”

Hechos 17:28

Esto no significa que el conflicto espiritual desaparezca. El Nuevo Testamento reconoce claramente la existencia de oposición espiritual, tentación y engaño. Pero ese conflicto se desarrolla ahora desde una posición completamente diferente, porque no luchamos para convertirnos en hijos de Dios, luchamos porque ya somos hijos. De hecho, no lucharemos para alcanzar la victoria final, porque esa victoria ya ha sido asegurada en Cristo, solo debemos avanzar en la fe y resistir con firmeza.

Comprender nuestra posición en Cristo, es uno de los pasos más importantes para abandonar la espiritualidad de ansiedad que ha dominado la experiencia de muchos creyentes. La vida cristiana no fue diseñada para ser una existencia dominada por el miedo a las tinieblas, sino una vida arraigada en la seguridad de la obra redentora de Cristo.

Pero incluso comprendiendo esta posición, muchos creyentes continúan viviendo bajo una sensación persistente de insuficiencia espiritual. Buscan constantemente nuevas experiencias espirituales, nuevas liberaciones o nuevas prácticas que les permitan alcanzar una plenitud que sienten que aún no poseen.

Reitero, no es que las tinieblas no estén operativas, eso lo he enseñado una y otra vez en mis conferencias y mis libros. Ignorar las maquinaciones del enemigo, sería una absurda imprudencia. Creo en la liberación demoníaca y creo en las operaciones de Satanás, aun contra la Iglesia. Sin embargo, lo que pretendo dejar en claro, es que no debemos

caer en la mística de imaginar a los demonios en todo momento y circunstancia, peleando contra el viento, gritando, declarando y haciendo algunos actos que no son más que el resultado de una simple mística espiritual.

Debemos madurar, debemos pensar y actuar con sabiduría. Debemos pedir al Señor que nos otorgue revelación respecto de las verdades del Nuevo Pacto, porque el evangelio no solo declara que hemos sido perdonados y exaltados con Cristo, sino que también declara que hemos sido hechos completos en Él.

Comprender el significado de esa plenitud es esencial para liberarnos de una espiritualidad marcada por la ansiedad, la inseguridad y la búsqueda constante de algo que, en Cristo, ya nos ha sido otorgado.

“En Cristo, ustedes están completos y no necesitan nada más, pues él es cabeza de todos los gobernantes y poderes.”

Colosenses 2:10 PDT

Capítulo seis

EL FIN DE LA ANSIEDAD Y LA MÍSTICA ESPIRITUAL

Una de las características más visibles de mucha espiritualidad contemporánea es una sensación persistente de insuficiencia espiritual. Muchos creyentes viven con la impresión de que algo esencial en su vida espiritual todavía está incompleto.

Aunque han creído en Cristo, aunque han experimentado el perdón de sus pecados y participan activamente en la vida de la iglesia, continúan sintiendo que aún necesitan alcanzar algún tipo de liberación, experiencia o intervención espiritual adicional para poder vivir plenamente en la vida que Dios promete.

Esta sensación de carencia espiritual suele generar una búsqueda constante. Algunos buscan nuevas experiencias espirituales que prometen desbloquear niveles superiores de vida cristiana. Otros se involucran en ciclos repetidos de ministraciones de liberación, intentando identificar influencias espirituales ocultas que supuestamente explicarían sus luchas personales. Otros viven bajo la

preocupación constante de haber abierto puertas espirituales que necesitan ser cerradas mediante prácticas específicas.

En muchos casos, esta dinámica produce una espiritualidad marcada por la ansiedad. El creyente vive bajo la sospecha de que su vida espiritual puede estar incompleta, vulnerada o espiritualmente bloqueada por factores invisibles que necesitan ser identificados y removidos.

Sin embargo, el Nuevo Pacto presenta una declaración que confronta directamente esa forma de pensar. El apóstol Pablo escribe a los colosenses una afirmación extraordinaria que mencioné en una versión al final del capítulo anterior y que deseo reiterar en la versión de la Nueva traducción viviente:

“De modo que ustedes también están completos mediante la unión con Cristo, quien es la cabeza de todo gobernante y toda autoridad.”

Colosenses 2:10 NTV

Estas palabras contienen una de las verdades más profundas del evangelio. Pablo no dice que los creyentes llegaremos a ser completos después de alcanzar cierto nivel de madurez espiritual, ni que la plenitud llegará después de una serie de experiencias progresivas. Declara que los creyentes ya estamos completos en Cristo.

Esta afirmación no niega el proceso de crecimiento espiritual ni el desarrollo del carácter cristiano. La vida

cristiana ciertamente implica transformación, renovación de la mente y crecimiento en la práctica de la santidad otorgada. Pero ese crecimiento no ocurre desde una condición de carencia espiritual fundamental, sino desde una plenitud que ya ha sido impartida en Cristo.

La plenitud de vida que podemos experimentar no depende de nuestras experiencias espirituales, ni de nuestras capacidades para identificar influencias invisibles capaces de influenciar nuestra vida. Depende exclusivamente de nuestra unión con Cristo.

Esta verdad fue particularmente importante en el contexto en que Pablo escribió la carta a los colosenses. En aquella comunidad cristiana comenzaban a surgir enseñanzas que sugerían que la fe en Cristo, aunque importante, no era suficiente para alcanzar una vida espiritual plena. Se promovían prácticas adicionales, conocimientos especiales y experiencias espirituales que supuestamente permitían acceder a una forma más elevada de espiritualidad. En respuesta a estas ideas, Pablo dirige la mirada de la iglesia hacia la suficiencia absoluta de Cristo.

“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.”

Colosenses 2:9

Toda la plenitud de Dios habita en Cristo. No una parte, no una expresión parcial de la divinidad, sino la plenitud misma de la naturaleza divina. Y es a continuación

de esta verdad, que Pablo afirma que los creyentes estamos completos en Cristo.

La lógica apostólica es profunda y sencilla al mismo tiempo. Si toda la plenitud de Dios habita en Cristo, y si nosotros estamos unidos a Cristo por medio de la fe, entonces también participamos de esa plenitud. No porque poseamos divinidad en nosotros mismos, sino porque nuestra vida está escondida en Aquel en quien habita la plenitud de Dios.

Esto significa que la vida cristiana no se construye buscando algo que Cristo no nos haya provisto, sino descubriendo y viviendo en la riqueza espiritual que ya nos ha sido otorgada en Él.

Cuando esta verdad no se comprende, la vida cristiana se transforma fácilmente en una búsqueda interminable de algo más. El creyente puede pasar años tratando de alcanzar una libertad espiritual que el evangelio afirma que ya ha sido concedida.

Por eso Pablo advierte inmediatamente después acerca del peligro de las enseñanzas que producen una sensación constante de insuficiencia espiritual. Escribe:

“Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo.”

Colosenses 2:8

El engaño espiritual muchas veces consiste precisamente en desviar la mirada del creyente de la suficiencia de Cristo hacia prácticas, experiencias o estructuras religiosas que prometen completar lo que supuestamente aún falta. Pero el evangelio declara que en Cristo ya hemos recibido todo lo necesario para la vida espiritual.

Esto no significa que nunca experimentemos luchas, debilidades o procesos de transformación personal. El Nuevo Testamento reconoce claramente que la vida cristiana incluye crecimiento, disciplina y renovación constante de la mente. Pero esas luchas no deben interpretarse como evidencia de que estamos espiritualmente incompletos o bajo algún tipo de dominio invisible que necesita ser quebrado.

Con frecuencia, nuestras batallas pertenecen al ámbito del crecimiento espiritual, de la formación del carácter y de la renovación progresiva de la mente. Pablo lo expresa de otra manera cuando escribe:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.”

Efesios 1:3

La bendición espiritual no se presenta aquí como algo que recibiremos gradualmente después de alcanzar ciertos niveles espirituales. Pablo afirma que Dios ya nos ha bendecido con toda bendición espiritual en Cristo.

Esto significa que la vida cristiana no comienza con una carencia que necesita ser llenada progresivamente por intervenciones espirituales sucesivas. Comienza con una plenitud que necesita ser comprendida, creída y aplicada. Cuando esta verdad se pierde, la iglesia puede desarrollar una espiritualidad de ansiedad y una mística permanente.

Cuando un creyente comienza a preguntarse constantemente si su vida espiritual está verdaderamente en orden. Puede sentirse vulnerable frente a fuerzas espirituales que no entiende completamente. Puede vivir con la sensación de que necesita descubrir alguna causa invisible que explique sus luchas internas o sus dificultades personales, ante lo cual, lo demoníaco o diabólico cuadra a la perfección.

Pero el evangelio dirige la mirada del creyente hacia una realidad completamente distinta. De nuevo, no es que pretendo ignorar las maquinaciones del enemigo, solo digo que en muchos casos, los cristianos solo están imaginando operaciones que no son ciertas, y la solución para esto es comprender que en Cristo ya hemos sido liberados del dominio del pecado, trasladados al Reino de su amado Hijo, y ya hemos sido hechos completos en Él.

Esto no elimina la necesidad de crecimiento espiritual, ni la liberación cuando es necesaria, pero si debe eliminar la ansiedad que surge cuando los creyentes viven pensando que sus vidas espirituales dependen de descubrir o resolver problemas invisibles que supuestamente aún los mantienen cautivo.

Nuestra libertad espiritual no depende de nuestra capacidad para detectar todas las influencias espirituales que podrían afectarnos. Depende de la suficiencia de la obra de Cristo. Cuando esta verdad se arraiga profundamente en nuestro corazón, la vida espiritual comienza a experimentar una transformación profunda. La ansiedad cede lugar al descanso. La obsesión por el conflicto espiritual es reemplazada por una confianza creciente en la obra redentora de Cristo.

La fe deja de ser una búsqueda ansiosa de soluciones espirituales y se convierte en una vida de comunión con Aquel en quien habita toda la plenitud de Dios.

Sin embargo, incluso cuando estas verdades comienzan a ser comprendidas, muchos creyentes todavía encuentran dificultad al leer ciertos pasajes del Nuevo Testamento que hablan del conflicto espiritual de manera directa. Uno de los textos más citados en este contexto es el pasaje de Efesios que describe la armadura de Dios.

Durante años, este pasaje ha sido interpretado en algunos círculos como una invitación a una forma altamente ritualizada de guerra espiritual, donde los creyentes deben realizar prácticas específicas para enfrentar ataques demoníacos constantes.

Pero si examinamos cuidadosamente las palabras del apóstol Pablo, descubrimos que su enseñanza apunta hacia una realidad mucho más sobria y profundamente espiritual.

La armadura de Dios no describe una serie de rituales místicos diseñados para confrontar demonios, describe la vida del creyente, arraigada en la verdad del evangelio. Además, esta no es una armadura que podemos ponernos tal como algunos pretenden, se debe vivir y no pertenece a cada cristiano, sino a un cuerpo que es el cuerpo del Nuevo Hombre.

Comprender esta diferencia nos permitirá interpretar correctamente uno de los pasajes más importantes del Nuevo Testamento sobre el conflicto espiritual. Y es precisamente hacia ese texto al que debemos dirigir ahora nuestra atención en el siguiente capítulo.

Capítulo siete

LA ARMADURA DE DIOS SIN MISTICISMO

“Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios...”

Efesios 6:13 al 17

Pocos pasajes del Nuevo Testamento han sido tan citados en las enseñanzas sobre guerra espiritual como el conocido texto de la carta a los Efesios donde el apóstol Pablo habla de la armadura de Dios. Durante décadas, este pasaje ha sido interpretado en muchos contextos como una especie de manual para enfrentar ataques demoníacos mediante prácticas espirituales específicas.

En algunos casos, la armadura ha sido presentada casi como una serie de acciones rituales que el creyente debe realizar diariamente para protegerse de la actividad de las tinieblas, o incluso se ha presentado como algo que literalmente podemos utilizar en nuestro cuerpo espiritual.

Sin embargo, cuando se examina cuidadosamente el texto en su contexto apostólico, descubrimos que Pablo no está enseñando un método de confrontación mística contra demonios, sino describiendo la vida espiritual que debemos tener arraigada en las realidades del evangelio. El apóstol escribe:

“Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.”

Efesios 6:10 y 11

La primera instrucción es significativa. Pablo no comienza diciendo que el creyente debe iniciar ataques espirituales contra el enemigo, ni que debe realizar confrontaciones directas contra poderes demoníacos. Su exhortación inicial es que debemos fortalecernos en el Señor y en el poder de Su fuerza.

La fuente de la fortaleza espiritual no es la intensidad de nuestras obras de fe, ni nuestra habilidad para ejecutar determinadas prácticas espirituales de defensa, sino la fuerza que proviene del Señor mismo; algo que debemos recibir del

Espíritu Santo que nos habita, y de la realidad espiritual de habitar nosotros en el cuerpo de Cristo.

Esta afirmación de Pablo establece el tono de todo el pasaje. La vida cristiana no se sostiene mediante una actividad espiritual frenética, sino mediante una dependencia profunda de la obra y el poder de Dios. Luego el apóstol exhorta a los creyentes a vestarnos de toda la armadura de Dios para poder estar firmes contra las asechanzas del diablo.

La expresión “*estar firmes*” aparece repetidamente en este pasaje y revela el énfasis central de la enseñanza apostólica. El propósito de la armadura no es capacitar al creyente para iniciar ofensivas dramáticas contra las tinieblas, sino para permanecer firmes frente a la oposición espiritual.

Esta diferencia es importante. La imagen que Pablo presenta no es la de un soldado que avanza constantemente en busca de combate, sino la de un soldado que se mantiene firme en una posición ya establecida. Esto no es tampoco una resistencia individualista y voluntariosa, sino una permanencia revelada en la persona de Cristo.

Este énfasis coincide plenamente con lo que hemos considerado en los capítulos anteriores. El creyente del Nuevo Pacto no lucha para conquistar una victoria que aún no ha sido obtenida; vive desde la realidad de una victoria que Cristo ya ha asegurado, y no la vivimos desde una posición externa, sino en plena comunión con Él. Por eso el

conflicto espiritual se describe principalmente en términos de resistencia y firmeza.

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.”

Efesios 6:12

Este versículo reconoce claramente la existencia de una dimensión espiritual en el conflicto que enfrenta la vida cristiana. Nuestra lucha no se limita a factores visibles o meramente humanos. Existe una oposición espiritual real que opera en el mundo caído. Sin embargo, es importante notar que Pablo no desarrolla aquí una descripción detallada de las actividades de estos poderes espirituales ni proporciona instrucciones específicas para confrontarlos directamente.

De hecho, la dimensión de la oscuridad no está compuesta solamente por seres espirituales, sino por sistemas de autoridad generados desde el engaño y la maldad. Si queremos comprender de qué manera opera el reino de las tinieblas, no solo debemos identificar seres con apariencia diabólica, sino fundamentalmente sistemas de engaño creados para gobernar desde la mentira.

Es por eso que Pablo no entra en el juego de describir a ciertos personajes, sino que dirige inmediatamente la atención hacia la armadura que Dios ha provisto para que los creyentes podamos mantenernos firmes ante toda acechanza

del mal. Y es precisamente al examinar los elementos de esa armadura donde se revela la verdadera naturaleza de la enseñanza apostólica.

En primer lugar, Pablo menciona el cinturón de la verdad. No como una fórmula espiritual ni una declaración ritual dirigida contra el enemigo. Es la realidad del evangelio que sostiene y ordena la vida del creyente. Vivir ceñido con la verdad significa vivir con una mente renovada por la revelación de Dios, una mente que ha sido liberada del engaño y que permanece arraigada en la verdad del evangelio lo cual puede impedir que la mentira nos gobierne.

Luego menciona la coraza de justicia. No haciendo referencia principalmente a un esfuerzo humano por alcanzar perfección moral, sino a la justicia que hemos recibido en Cristo. La vida cristiana se sostiene sobre la certeza de que hemos sido justificados por la obra de Cristo. Esta justicia protege nuestro corazón contra toda acusación y la condenación que el enemigo intente levantar.

A continuación, Pablo habla del calzado del evangelio de la paz. El evangelio no solo reconcilia al hombre con Dios; también establece una estabilidad espiritual profunda en los que ya hemos recibido la gracia de la regeneración. Quienes hemos sido reconciliados con Dios ya no vivimos bajo la tensión permanente de la condenación, sino que caminamos en la paz que proviene de la obra redentora de Cristo.

Luego aparece el escudo de la fe, que tampoco es una técnica espiritual destinada a manipular el mundo espiritual. Es la confianza firme en la fidelidad de Dios y en la verdad de Su Palabra. Con ese escudo el creyente puede apagar los dardos de fuego del maligno, que muchas veces se manifiestan en forma de dudas, mentiras, acusaciones o pensamientos que intentan debilitar la confianza en Dios.

Después Pablo menciona el yelmo de la salvación, porque la certeza de nuestra salvación tiene la virtud de protegernos la mente de toda mentira. Recordar la obra salvadora de Cristo, la esperanza de la redención final y la seguridad de la vida eterna, preserva nuestra mente contra el desaliento, el temor y la desesperanza impulsada aun desde la religiosidad y legalismo.

Finalmente, el apóstol menciona la espada del Espíritu, en referencia a la palabra de Dios. Esta es la única pieza de la armadura descrita con un carácter ofensivo, pero incluso aquí el énfasis no está en confrontaciones dramáticas contra demonios, sino en el poder transformador de la Palabra. La verdad revelada por Dios tiene la capacidad de confrontar el engaño, corregir el error y fortalecer nuestra fe.

De hecho, el autor a los Hebreos escribió que: ***“la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”*** (Hebreos 4:12). Esto no convierte a la Escritura en una espada, sino en

una herramienta más cortante que una espada de doble filo, que no es utilizada para discernir los pensamientos y las intenciones del corazón del diablo, sino para que opere en nuestro corazón.

Cuando observamos cuidadosamente cada elemento de la armadura, descubrimos algo notable: todos ellos corresponden a realidades espirituales relacionadas con el evangelio. La verdad, la Justicia, la Paz, la Fe, la Salvación, la Palabra de Dios, y ninguna de estas piezas describe rituales de confrontación espiritual ni prácticas místicas destinadas a interactuar directamente con el mundo demoníaco.

Entonces, la armadura describe la vida cristiana vivida en la verdad del evangelio. La armadura pertenece al Nuevo Hombre, en quien vivimos, nos movemos y somos. Esto significa que no enfrentamos conflictos espirituales mediante actos dramáticos dirigidos contra el enemigo, sino permaneciendo firmemente arraigados en las realidades espirituales que Cristo nos ha provisto.

La guerra espiritual, en el sentido apostólico, no es un espectáculo religioso, no es arrojar elementos supuestamente proféticos, no son gritos al aire contra un enemigo que ni siquiera es omnipresente. Es una vida espiritual sobria, arraigada en la verdad, sostenida por la fe y fortalecida por la palabra de Dios. Cuando vivimos de esta manera, logramos permanecer firmes frente al engaño, la acusación y la presión espiritual que caracterizan al mundo caído.

Esta comprensión transforma profundamente la manera en que entendemos el conflicto espiritual. Nuestras batallas no consisten en realizar confrontaciones permanentes contra demonios, sino en permanecer firmemente establecidos en la verdad del evangelio del Reino. Nuestra obediencia al Señor nos hace inmunes a los ataques del enemigo y si un proceso nos sobreviene a través de las operaciones de la oscuridad, terminaremos, no solo en victoria, sino glorificando a nuestro Rey.

El enemigo intenta debilitar la fe mediante el engaño, la mentira, la acusación y la confusión espiritual. Pero cuando la mente del creyente está arraigada en la verdad de Dios, esos intentos pierden su poder. Por esta razón, el énfasis apostólico no está en desarrollar una espiritualidad obsesionada con el mundo demoníaco, sino en formar creyentes profundamente arraigados en la verdad del evangelio.

Una iglesia llena de creyentes que conocen la verdad, viven en la justicia de Cristo, caminan en la paz del evangelio, confían en la fidelidad de Dios y permanecen firmes en Su Palabra es una iglesia espiritualmente fuerte. Que no necesita teatralidad espiritual para enfrentar al enemigo, porque su firmeza espiritual proviene de la verdad, no del dramatismo.

Con esta enseñanza, Pablo cierra uno de los pasajes más importantes del Nuevo Testamento acerca del conflicto espiritual. Pero después de haber considerado todo lo

anterior, surge una pregunta fundamental que debemos responder para comprender plenamente la vida cristiana.

Si la victoria de Cristo ya ha sido obtenida, si el creyente ha sido colocado en una posición espiritual segura y si la armadura describe una vida arraigada en el evangelio, entonces ¿cuáles son realmente las batallas que debemos enfrentar en la vida del Nuevo Pacto?

Capítulo ocho

LA BATALLA DE LA MENTE

“¿Quién es sabio y entendido entre ustedes? Que lo demuestre con su buena conducta, mediante obras hechas con la humildad que le da su sabiduría.”

Santiago 3:13

Después de haber considerado la victoria obtenida por Cristo en la cruz, la posición espiritual del creyente y la suficiencia de la obra redentora en el Nuevo Pacto, surge una pregunta inevitable: si el enemigo ha sido despojado de su autoridad acusadora y si el creyente ha sido trasladado al reino de Cristo, ¿dónde se desarrolla ahora el conflicto espiritual en la vida del cristiano?

El Nuevo Testamento responde a esta pregunta dirigiendo nuestra atención hacia un campo de batalla que, aunque invisible, influye profundamente en la manera en que vivimos nuestra fe: la mente.

La transformación de la vida cristiana no comienza principalmente en el ámbito de las circunstancias externas,

sino en el terreno de los pensamientos, las convicciones y la manera en que interpretamos la realidad. El apóstol Pablo expresa esta verdad con gran claridad cuando escribe:

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento.”

Romanos 12:2

Esta exhortación revela algo fundamental acerca de la vida espiritual. La transformación que el evangelio produce en el creyente está íntimamente ligada a la renovación de la mente. La forma en que pensamos determina profundamente la forma en que vivimos.

Antes de venir a Cristo, la mente humana se encontraba moldeada por los valores, las narrativas y las creencias del mundo caído. El apóstol Pablo describe esta condición utilizando una expresión muy significativa cuando habla de una mente entenebrecida. Escribe a los efesios:

“Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay.”

Efesios 4:18

La oscuridad espiritual no se manifiesta solamente en comportamientos pecaminosos visibles. Se manifiesta también en formas de pensar que están desconectadas de la verdad de Dios.

Por esta razón, cuando una persona viene a Cristo, su relación con Dios cambia de manera inmediata, pero su manera de pensar no se transforma automáticamente en todos los aspectos. La mente necesita ser renovada progresivamente por la verdad del evangelio. Esa es una de las principales batallas que todos debemos librar.

La mente se convierte en el lugar donde se confrontan dos sistemas de pensamiento distintos: la lógica del mundo caído y la verdad del reino de Dios. Por eso Pablo desarrolla esta idea con gran profundidad en su segunda carta a los corintios. Allí describe la lucha espiritual en términos que muchas veces han sido mal interpretados, pero que en realidad apuntan directamente al ámbito de los pensamientos.

“Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.”

2 Corintios 10:3 al 5

En este pasaje Pablo describe la guerra espiritual utilizando imágenes militares, pero es importante observar cuidadosamente cuál es el verdadero objeto del conflicto. Él no menciona demonios territoriales ni confrontaciones místicas contra poderes invisibles. Habla de argumentos, pensamientos y estructuras mentales que se levantan contra el conocimiento de Dios.

Las fortalezas espirituales a las que Pablo se refiere no son necesariamente entidades demoníacas que habitan en lugares específicos. Son estructuras de pensamiento, sistemas de creencias y paradigmas mentales que se oponen a la verdad del evangelio, operando desde nuestro interior.

Estas fortalezas pueden manifestarse en muchas formas. Pueden aparecer como pensamientos persistentes de condenación que impiden al creyente vivir en la libertad del perdón. Pueden manifestarse como mentiras acerca de la identidad personal que mantienen al creyente atrapado en sentimientos de inferioridad o rechazo. Pueden surgir como filosofías culturales que distorsionan la comprensión de la verdad y debilitan la confianza en la revelación de Dios.

En todos estos casos, el campo de batalla es la mente. Por eso Pablo habla de llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo. Esta expresión no describe una lucha contra fuerzas externas invisibles, sino un proceso consciente de someter la mente a la verdad revelada por Dios.

El creyente aprende a examinar sus pensamientos a la luz del evangelio. Cuando una idea, una convicción o una interpretación de la realidad contradice la verdad de Dios, esa idea debe ser confrontada y reemplazada por la verdad.

Este proceso requiere disciplina espiritual, pero no se basa en confrontaciones dramáticas con el mundo espiritual. Se basa en la renovación constante de la mente mediante la palabra de Dios. Aquí se revela otra diferencia importante

entre la espiritualidad bíblica y muchas formas contemporáneas de guerra espiritual.

Mientras algunas enseñanzas dirigen la atención hacia la actividad de demonios que supuestamente influyen en los pensamientos humanos, el Nuevo Testamento dirige la atención hacia la responsabilidad del creyente de renovar su mente mediante la verdad.

La libertad espiritual no proviene principalmente de expulsar influencias invisibles, sino de abrazar la verdad que libera la mente del engaño. Jesús mismo afirmó este principio cuando dijo:

“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.”

Juan 8:32

La libertad espiritual está profundamente vinculada con la verdad. Cuando la mente del creyente es iluminada por la verdad del evangelio, muchas de las cadenas que parecían invisibles comienzan a romperse.

Los pensamientos de condenación pierden su poder cuando la mente comprende profundamente la realidad de la justificación en Cristo. Los temores que paralizan el corazón comienzan a desvanecerse cuando aprendemos a confiar en la fidelidad de Dios. Las mentiras que pretenden deformar nuestra identidad personal se debilitan cuando la verdad del evangelio nos revela quiénes somos realmente en Cristo. Por

eso el Nuevo Testamento insiste repetidamente en la importancia de llenar la mente con la verdad de Dios.

“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre... en esto pensad.”

Filipenses 4:8

El apóstol no propone aquí una técnica psicológica de pensamiento positivo. Está señalando la importancia de orientar deliberadamente la mente hacia aquello que refleja la verdad y el carácter de Dios.

La mente humana no puede permanecer vacía. Siempre está siendo moldeada por las ideas, los mensajes y las narrativas que la rodean. Por eso la renovación del entendimiento requiere una exposición constante a la verdad del evangelio. A medida que la mente es renovada por la palabra de Dios, comenzamos a interpretar la realidad de una manera distinta.

Las circunstancias ya no se perciben desde la perspectiva del miedo, sino desde la confianza en la soberanía de Dios. Las luchas personales ya no se interpretan como evidencia de abandono divino, sino como oportunidades de crecimiento espiritual. La identidad personal deja de estar definida por el pasado o por las heridas emocionales, y comienza a ser definida por la obra redentora de Cristo. De esta manera, la batalla de la mente se convierte

en uno de los escenarios más importantes del crecimiento espiritual.

El enemigo intenta introducir mentiras que distorsionen la comprensión de la verdad. Pero cuando nuestra mente está arraigada en la Palabra de Dios, esas mentiras pierden su poder. La guerra espiritual, en este sentido, no consiste en confrontaciones dramáticas contra demonios, sino en la perseverancia constante en la verdad.

Cada pensamiento que se somete a la obediencia de Cristo es una victoria espiritual, cada mentira que es reemplazada por la verdad del evangelio es una fortaleza que cae, cada vez que la mente aprende a interpretar la vida a la luz del carácter de Dios, el creyente avanza en la libertad que Cristo ha provisto. Sin embargo, la mente no es el único lugar donde el creyente experimenta conflicto espiritual.

El Nuevo Testamento también habla de otra dimensión de lucha que afecta profundamente la vida cristiana: la tensión entre la nueva vida en el Espíritu y las inclinaciones de la naturaleza caída. Esta lucha no se desarrolla principalmente contra poderes demoníacos externos, sino dentro de la propia experiencia humana.

Esta es la batalla contra lo que las Escrituras llaman: “la carne”. Comprender también, esta dimensión del conflicto espiritual nos permitirá identificar otra de las luchas más reales y persistentes en nuestra vida de fe.

Capítulo nueve

LA BATALLA CONTRA LA CARNE

“Sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne.”

Romanos 13:14

A lo largo de la historia de la iglesia, una de las mayores dificultades en la comprensión del conflicto espiritual ha sido identificar correctamente el origen de muchas de las luchas que debemos experimentar. Con frecuencia, aquello que pertenece al ámbito de la naturaleza humana caída es interpretado como una manifestación directa de la actividad demoníaca. Sin embargo, el Nuevo Pacto presenta una evaluación mucho más clara y equilibrada de la realidad espiritual del cristiano.

Una gran parte de las luchas que debemos enfrentar no provienen de demonios externos, sino de lo que las Escrituras llaman la carne. El término “carne” en el lenguaje apostólico no se refiere simplemente al cuerpo físico ni a la materialidad del ser humano. Tampoco describe únicamente los impulsos sexuales o los deseos corporales.

En la teología del Nuevo Pacto, la carne representa la naturaleza humana marcada por el pecado, el conjunto de inclinaciones desordenadas que caracterizan la vida de quienes viven separados de Dios, o la vida de cristianos que no logran despojarse de su vieja naturaleza.

Es decir, después de la conversión verdadera, muchos hermanos continúan experimentando la presencia de esas inclinaciones. Aunque la relación con Dios ha sido restaurada y una nueva vida espiritual ha sido impartida por el Espíritu Santo, el proceso de transformación del carácter y de renovación interior continúa desarrollándose a lo largo de toda la vida cristiana.

Por esta razón, el apóstol Pablo describe la experiencia del creyente como una tensión entre dos principios distintos que operan en su interior. En su carta a los gálatas escribe:

“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais.”

Gálatas 5:17

Este versículo describe una lucha real que se desarrolla dentro de nuestro ser. No se trata de una lucha contra demonios que poseen o dominan al cristiano, sino de una tensión entre la nueva vida que el Espíritu produce y los impulsos residuales de nuestra vieja naturaleza.

La presencia de esta lucha no significa que hayamos perdido nuestra salvación ni que estemos bajo dominio demoníaco. Significa que la transformación de la vida cristiana es un proceso en el cual el Espíritu Santo trabaja progresivamente para conformar al creyente a la imagen de Cristo.

Obviamente todos podemos sufrir los ataques de espíritus inmundos que actúan con la intención de despertar nuestra concupiscencia llevándonos por el camino de la tentación, pero la sujeción al gobierno del Espíritu Santo nos puede librar efectivamente de toda maquinación de las tinieblas. De hecho, a menos que un hermano, por algún motivo, esté padeciendo una opresión demoníaca, la operación de estos espíritus inmundos son parte del paisaje de toda sociedad gobernada por la oscuridad.

La carne, en este sentido, representa los patrones de pensamiento, los deseos y las inclinaciones que pertenecen a la vieja manera de vivir antes de conocer a Dios, y que aun siendo cristianos procura recuperar dominio. Por eso Pablo exhorta a los creyentes con estas palabras:

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.”

Gálatas 5:16

La solución al conflicto interior no consiste en expulsar demonios que supuestamente producen esos deseos, sino en aprender a caminar bajo la dirección del Espíritu

Santo. Es decir, la vida cristiana no es un proceso de liberación constante de fuerzas externas invisibles, sino una formación progresiva del carácter mediante la obra del Espíritu Santo en nuestros corazones.

El apóstol describe con gran claridad las manifestaciones de la carne. Entre ellas menciona no solo pecados visibles, sino también actitudes del corazón que muchas veces pasan desapercibidas en la evaluación espiritual superficial. Por eso habla de enemistades, contiendas, celos, iras, rivalidades, divisiones y envidias.

Estas actitudes no son necesariamente el resultado de opresión demoníaca. Con frecuencia son expresiones de la naturaleza humana que todavía necesita ser transformada por la gracia de Dios. Esto no puede ser generalizado, porque no pretendo ignorar la posible influencia espiritual a través de diferentes circunstancias, pero estoy refiriéndome a cristianos cuyas vidas avanzan en un sano desarrollo hacia la madurez, y por supuesto, durante su madurez espiritual.

Reconocer esta realidad es fundamental para el crecimiento espiritual. Cuando el creyente atribuye constantemente sus luchas a fuerzas externas, corre el riesgo de evitar la responsabilidad personal que forma parte del proceso de santificación. El Nuevo Pacto insiste en que el crecimiento espiritual implica, una participación consciente en el proceso de transformación. Al respecto, Pablo utiliza una expresión fuerte cuando escribe a los romanos:

“Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.”

Romanos 8:13

Aquí aparece el lenguaje de mortificación, una palabra que describe la decisión consciente de rechazar los impulsos de la naturaleza caída. Este proceso no se desarrolla mediante confrontaciones místicas contra espíritus malignos, sino mediante la obra del Espíritu Santo y la cooperación consciente del creyente que aprende a vivir de acuerdo con la nueva vida que ha recibido en Cristo.

“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros.”

Colosenses 3:5

La vida cristiana implica una renuncia deliberada a las prácticas y actitudes que pertenecen a la vieja naturaleza. No porque debamos tratar de obtener aceptación delante de Dios, sino porque ya hemos sido unidos a Cristo y hechos participantes de una nueva identidad espiritual. En este contexto, la lucha contra la carne se convierte en una de las batallas más reales del Nuevo Pacto.

Esta batalla no se libra mediante rituales espirituales ni mediante confrontaciones dramáticas contra el mundo demoníaco. Se libra en las decisiones cotidianas que moldean el carácter, en la manera en que respondemos a la tentación, en la disposición del corazón para someterse a la voluntad de Dios. Es una batalla que se desarrolla en el ámbito de los

deseos, las motivaciones y las prioridades que gobiernan la vida del creyente.

Por esta razón, el Nuevo Testamento dirige constantemente la atención hacia la formación del carácter cristiano. Pablo habla del fruto del Espíritu, describiendo las cualidades que emergen cuando la vida del creyente es gobernada por la presencia de Dios: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio.

Estas virtudes no aparecen instantáneamente como resultado de una experiencia espiritual aislada. Son el fruto de una vida que aprende a caminar bajo la dirección del Espíritu Santo. Cuando comprendemos esta dimensión del conflicto espiritual, muchas confusiones pueden disiparse.

No toda tentación proviene de demonios, no todo conflicto interior es evidencia de opresión espiritual. Muchas veces lo que necesitamos no es una sesión de liberación, sino una formación espiritual más profunda, una renovación de la mente y una disposición creciente para someter nuestra vida al gobierno del Espíritu Santo.

Esto no significa que el enemigo no intente aprovechar las debilidades humanas. Los espíritus inmundos pueden utilizar la tentación, el engaño y las circunstancias para intentar desviarnos del camino de la fe. Pero la responsabilidad principal del crecimiento espiritual sigue estando en la relación que nosotros tengamos con Dios.

La vida cristiana madura no consiste en buscar constantemente explicaciones demonológicas para cada lucha personal, sino en caminar cada día en dependencia del Espíritu Santo. A medida que aprendemos a vivir de esta manera, el poder de la carne comienza a debilitarse. Los deseos desordenados pierden su fuerza, las reacciones impulsivas comienzan a ser reemplazadas por dominio propio, las actitudes que antes gobernaban el corazón son transformadas por la presencia del Espíritu de Dios.

Este proceso no siempre es rápido ni sencillo. Requiere perseverancia, humildad y una disposición constante para permitir que la palabra de Dios examine nuestro corazón. Pero es precisamente en este proceso donde se manifiesta una de las evidencias más claras de la obra del evangelio: la transformación progresiva de nuestra vida en general.

Incluso cuando comenzamos a experimentar esta transformación interior, todavía puede que debemos enfrentar otra batalla profundamente arraigada en la experiencia humana. No se trata solamente de pensamientos equivocados ni de deseos desordenados. Se trata de la manera en que nos percibimos a nosotros mismo delante de Dios.

Muchos cristianos viven luchando con sentimientos persistentes de culpa, temor e inseguridad espiritual, incluso después de haber creído en el evangelio. Esta lucha revela otra dimensión importante del conflicto espiritual del Nuevo Pacto que debemos analizar, y es nada menos que la batalla de la identidad.

Capítulo diez

LA BATALLA POR LA IDENTIDAD

“De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

2 Corintios 5:17

Una de las luchas más silenciosas y persistentes que experimentan muchos creyentes no ocurre en el ámbito visible de las circunstancias ni en la confrontación directa con tentaciones externas. Se desarrolla en un lugar mucho más profundo: la manera en que nos percibimos delante de Dios.

Muchos creyentes han recibido el mensaje del evangelio, han confesado su fe en Cristo y participan activamente en la vida de la iglesia. Sin embargo, en lo más profundo de su conciencia continúan viviendo bajo una sensación persistente de culpa, inseguridad o temor espiritual. Aun cuando conocen intelectualmente las promesas del evangelio, su percepción de sí mismos sigue

marcada por el peso del pasado, por la memoria de sus fallas o por una sensación constante de insuficiencia espiritual.

Esta tensión revela una de las batallas más importantes del Nuevo Pacto: la batalla por comprender y abrazar la verdadera identidad que Dios nos ha otorgado en Cristo.

El evangelio no solo anuncia el perdón de los pecados; anuncia también una transformación radical de la identidad humana. Aquellos que recibimos la gracia de la regeneración no simplemente recibimos una nueva oportunidad moral para mejorar nuestra vida, sino que también recibimos una nueva posición delante de Dios. El apóstol Juan expresa esta verdad con palabras llenas de asombro:

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.”

1 Juan 3:1

Cuando creemos, la relación que obtenemos con Dios ya no se define principalmente por la distancia entre un pecador y un juez santo. Se define por la relación entre un Padre y sus hijos. Esta realidad representa una de las transformaciones más profundas que introduce el evangelio.

Antes de la redención, nos encontrábamos distantes de la vida con Dios, separados de su amor y bajo una conciencia impregnada por la culpa. Pero en Cristo esa relación ha sido restaurada de una manera extraordinaria, incluso llevada a la

dimensión de comunión, lo cual es mucho más profundo y revelador. El apóstol Juan lo explica claramente:

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.”

Juan 1:12 y 13

Ser engendrados de Dios no es una metáfora superficial dentro del Nuevo Pacto, es la esencia del mismo. Es una declaración profunda acerca de la nueva identidad que recibimos.

Sin embargo, aunque esta verdad es central en el evangelio, muchos creyentes continúan viviendo como si su identidad espiritual estuviera definida principalmente por su pasado o por sus fallas presentes. Estos pueden verse a sí mismos como pecadores perdonados, pero no siempre como hijos aceptados.

Pueden reconocer intelectualmente que Dios los ama, pero en lo profundo de su corazón todavía sienten que deben esforzarse constantemente para obtener la aprobación divina. Esta tensión revela la importancia de comprender plenamente la obra de justificación que el evangelio anuncia.

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.”

Romanos 5:1

La justificación no significa simplemente que Dios decide ignorar el pecado humano. Significa que, mediante la obra de Cristo, somos declarados justos delante de Dios. La justicia de Cristo es la que define ahora nuestra posición delante del Padre. Esto significa que nuestra identidad no está determinada por nuestros errores pasados ni por nuestras debilidades presentes. Está determinada por la obra redentora de Cristo.

No somos aceptados por nuestra perfección moral, sino por la perfección de Aquel en quien hemos creído. Esta verdad tiene implicaciones profundas para nuestra vida espiritual. Cuando vivimos bajo una identidad distorsionada, nuestra relación con Dios puede volverse inestable. Puede oscilar constantemente entre momentos de confianza y momentos de profunda inseguridad espiritual.

Cuando no tenemos en claro nuestra identidad, podemos sentirnos cercanos a Dios cuando experimentamos alguna conquista espiritual y profundamente indignos cuando sufrimos los embates de nuestras debilidades. Sin embargo, el evangelio del Reino establece una base mucho más sólida para nuestra comunión con Dios. Nada menos que la obra perfecta de Cristo. Por eso Pablo declara con tanta seguridad:

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.”

Romanos 8:1

Esta afirmación no es una expresión emocional ni una exageración apostólica. Es una declaración jurídica y espiritual acerca de nuestra posición. La condenación que pesaba sobre nosotros fue llevada por Cristo en la cruz. Sin embargo, el enemigo intenta constantemente distorsionar esta verdad en la mente de muchos hermanos.

Una de las estrategias más antiguas del adversario consiste precisamente en atacar la identidad espiritual del pueblo de Dios. Desde el comienzo de la historia bíblica, el engaño ha buscado sembrar dudas acerca de la relación entre el hombre y Dios.

En el jardín del Edén, la serpiente introdujo una pregunta que alteraba la percepción de Eva acerca del carácter de Dios. En el desierto, Satanás comenzó sus tentaciones contra Jesús con una frase significativa: “***Si eres Hijo de Dios...***” tratando de que Jesús intentara demostrar su identidad espiritual.

Cuando algunos creyentes pierden claridad acerca de quienes son en Cristo, se vuelven vulnerables al temor, a la culpa y a la inseguridad espiritual. Pero cuando la identidad se arraiga profundamente en la verdad del evangelio, muchas de esas cadenas comienzan a romperse. Entonces dejan de intentar demostrar su valor por medio de las obras y creen en la perfección de Cristo.

Esto no conduce a la pasividad moral ni a la indiferencia espiritual. Por el contrario, produce una

transformación profunda en la motivación del corazón. La obediencia ya no nace del miedo al rechazo, sino del amor que surge de haber sido aceptados.

Los hijos de Dios debemos aprender a vivir con una seguridad interior que no dependa de las circunstancias ni de la opinión de los demás. Nuestra identidad está anclada en la obra consumada de Cristo.

Somos hijos de Dios, somos herederos de las promesas, somos aceptados en el Amado, somos participantes de la vida del Reino. Esta identidad no elimina la necesidad de crecimiento espiritual ni la realidad de las luchas personales, pero establece un fundamento sólido sobre el cual nuestra vida cristiana puede desarrollarse con estabilidad.

Cuando comprendemos quienes somos en Cristo, muchas de las acusaciones que tal vez en el pasado pudieron perturbar nuestra conciencia pierden definitivamente su poder. La culpa deja de dominar nuestro corazón, el temor comienza a retroceder y nuestra comunión con Dios se vuelve más profunda y más confiada.

Sin embargo, incluso cuando nos afirmamos en nuestra identidad en Cristo, todavía existe otra batalla que el Nuevo Testamento identifica como una de las estrategias más persistentes de las tinieblas. No se trata solamente de acusar ni de tentar, sino de algo aún más sutil y peligroso: “Es el poder del engaño.”

Capítulo once

LA BATALLA CONTRA EL ENGAÑO

“Para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones.”

2 Corintios 2:11

A lo largo de la historia bíblica, una de las estrategias más constantes del enemigo no ha sido el ataque frontal ni la manifestación visible de poder espiritual, sino algo mucho más sutil y profundamente efectivo: “el engaño”.

Mientras muchas concepciones populares de la guerra espiritual imaginan confrontaciones dramáticas entre creyentes y fuerzas demoníacas, el testimonio del Nuevo Pacto revela que el enemigo opera con mayor frecuencia en el ámbito de la mentira, la distorsión de la verdad y la confusión espiritual.

El poder de las tinieblas no reside únicamente en la tentación o en la opresión. Reside, sobre todo, en la capacidad de deformar la percepción humana de la realidad.

Por esta razón, una de las batallas más importantes del creyente consiste en discernir la verdad en medio de un mundo lleno de voces, narrativas e interpretaciones que compiten por definir lo que es verdadero.

El origen de esta estrategia puede observarse ya en las primeras páginas de las Escrituras. En el relato del jardín de Edén, la serpiente no comienza con un ataque directo contra la humanidad ni con una manifestación de fuerza espiritual. Comienza con una pregunta que introduce duda acerca de la palabra de Dios: “*¿Conque Dios os ha dicho...?*” (Génesis 3:1).

Esta pregunta aparentemente simple inicia un proceso de distorsión de la verdad. La serpiente no niega inmediatamente la Palabra de Dios; primero la pone en duda, luego la altera y finalmente introduce una interpretación completamente contraria a lo que Dios había dicho. El resultado de ese engaño fue la caída de la humanidad.

Este episodio revela un principio espiritual profundo: cuando la verdad es distorsionada, las decisiones humanas comienzan a desviarse del propósito de Dios. Por eso Jesús describe al diablo utilizando una expresión que revela su naturaleza fundamental:

“Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.”

Juan 8:44

El engaño no es simplemente una herramienta ocasional del enemigo; es parte de su naturaleza. Su estrategia consiste en distorsionar la verdad, sembrar confusión y presentar la mentira de una manera que parezca razonable o incluso atractiva.

El Nuevo Testamento advierte repetidamente a la iglesia acerca de esta realidad. El apóstol Pablo expresa una profunda preocupación cuando escribe a los corintios:

“Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.”

2 Corintios 11:3

La preocupación del apóstol no está centrada en la posibilidad de que los creyentes seamos atacados por demonios visibles, sino en la posibilidad de que nuestras mentes sean desviadas de la simplicidad y la pureza del evangelio.

El engaño espiritual muchas veces no aparece como una negación abierta de la fe cristiana. Con frecuencia se presenta como una pequeña distorsión, una interpretación aparentemente razonable o una enseñanza que mezcla elementos de verdad con ideas que desvían lentamente el corazón de la centralidad de Cristo.

Esta dinámica se ha manifestado a lo largo de toda la historia de la iglesia. El Nuevo Testamento habla

repetidamente de falsos maestros, doctrinas distorsionadas y enseñanzas que, aunque utilizan lenguaje religioso, terminan alejando a los creyentes de la verdad del evangelio.

Pablo advierte a Timoteo que en los últimos tiempos algunos apostatarán de la fe escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios. Esta advertencia no se refiere necesariamente a prácticas abiertamente ocultistas o paganas. Muchas veces el engaño espiritual se infiltra dentro del lenguaje religioso mismo.

Una enseñanza puede parecer profundamente espiritual, pero si desplaza a Cristo del centro o introduce dependencias que el evangelio no establece, comienza a operar como una distorsión de la verdad. Por eso el discernimiento espiritual se convierte en una necesidad fundamental para la vida cristiana. El apóstol Juan exhortó a los creyentes escribiendo:

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios.”

1 Juan 4:1

Esta exhortación revela que no toda enseñanza espiritual proviene de Dios, aunque se presente en un contexto religioso.

La iglesia está llamada a examinar cuidadosamente las enseñanzas que recibe, evaluándolas a la luz de la revelación de Cristo y del testimonio de las Escrituras.

El engaño puede manifestarse de muchas maneras. Puede aparecer como una distorsión doctrinal que altera la comprensión del evangelio, puede manifestarse como una espiritualidad que enfatiza experiencias extraordinarias mientras descuida la verdad bíblica, o puede presentarse como enseñanzas que prometen poder espiritual pero que terminan generando dependencia de prácticas o líderes humanos.

También puede infiltrarse en la cultura contemporánea mediante narrativas que redefinen el bien y el mal, que relativizan la verdad o que presentan la autonomía humana como el valor supremo. En todos estos casos, la batalla del creyente consiste en permanecer arraigado en la verdad del evangelio. Por eso Jesús, en su oración por sus discípulos, declaró:

“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad.”

Juan 17:17

La santificación no ocurre en un vacío espiritual. Ocurre en el contexto de la verdad de Dios. La palabra de Dios ilumina nuestra mente, corrige las distorsiones del pensamiento humano y nos protege del engaño espiritual. Cuando la mente se alimenta continuamente de la verdad de las Escrituras, el discernimiento espiritual comienza a fortalecerse.

Es entonces que aprendemos a reconocer cuándo una enseñanza exalta a Cristo y cuándo lo desplaza del centro,

aprendemos a distinguir entre la verdadera libertad del evangelio y las estructuras religiosas que imponen cargas que Dios nunca estableció, y aprendemos a evaluar las experiencias espirituales a la luz de la verdad revelada por Dios.

Este discernimiento no produce una actitud de sospecha permanente ni una espiritualidad defensiva marcada por el miedo. Produce una fe sobria, arraigada en la verdad y capaz de caminar con estabilidad en medio de un mundo lleno de voces contradictorias.

Cuando la iglesia pierde su compromiso con la verdad, se vuelve vulnerable al engaño, pero cuando permanece arraigada en la palabra de Dios, el poder de la mentira comienza a debilitarse. Por esta razón, una de las mayores responsabilidades de la iglesia en cada generación es preservar y proclamar fielmente la verdad del evangelio.

No se trata simplemente de defender una tradición religiosa ni de preservar una identidad institucional, se trata de custodiar la verdad que libera a los seres humanos del engaño que mantiene cautivo al mundo.

El conflicto espiritual, en este sentido, no se desarrolla principalmente en confrontaciones dramáticas con fuerzas invisibles, se desarrolla en la fidelidad cotidiana a la verdad de Dios.

Cada vez que la verdad del evangelio es proclamada con claridad, el engaño pierde terreno, cada vez que una mente es iluminada por la palabra de Dios, una fortaleza de mentira comienza a derrumbarse, cada vez que un creyente aprende a discernir entre la verdad y la distorsión, la estrategia del enemigo pierde eficacia.

Pero incluso cuando la verdad es comprendida, la mente es renovada y la identidad en Cristo comienza a afirmarse, todavía queda una dimensión esencial de la vida espiritual que determina la estabilidad del creyente.

La victoria cristiana no se sostiene mediante confrontación constante, se sostiene mediante una relación viva con Cristo. Más que una guerra interminable, la vida espiritual del Nuevo Pacto es una vida de permanencia. Y es precisamente en esa permanencia donde se encuentra el secreto de la verdadera victoria espiritual.

Capítulo doce

LA VERDADERA VICTORIA ESPIRITUAL

“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.”

1 Juan 5:4

Después de haber considerado las diversas dimensiones del conflicto espiritual que enfrentamos en el Nuevo Pacto, la batalla de la mente, la lucha contra la carne, la afirmación de la identidad en Cristo y el discernimiento frente al engaño, es necesario detenernos en una verdad que el propio Señor Jesús presentó como el fundamento de toda vida espiritual saludable.

La victoria espiritual que no se sostiene mediante confrontación constante, sino mediante permanencia. En muchas concepciones contemporáneas de la guerra espiritual, la vida cristiana es presentada como una sucesión interminable de confrontaciones contra fuerzas invisibles. En tales casos, los creyentes aparecen como un combatientes que deben mantenerse permanentemente alerta frente a los

ataques espirituales, ejecutando diversas prácticas para resistir, reprender o neutralizar la actividad del enemigo.

Sin embargo, cuando Jesús describe la naturaleza de la vida espiritual en el Nuevo Pacto, no utiliza la imagen de un campo de batalla dominado por confrontaciones continuas. Utiliza una imagen profundamente diferente: la de una vid y sus ramas. En el Evangelio de Juan, el Señor declara:

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.”

Juan 15:1 al 4

Estas palabras revelan el principio fundamental de la vida espiritual cristiana, porque los hijos de Dios, no nos sostenemos mediante esfuerzos constantes para producir frutos espirituales. El fruto aparece como consecuencia de una comunión viva con Cristo.

La palabra clave en este pasaje es “permanecer”. Esto no significa simplemente recordar ocasionalmente a Cristo ni mantener una adhesión intelectual a sus enseñanzas. Significa vivir en una relación continua de dependencia, comunión y confianza en el Señor. Así como la rama recibe su vida de la vid, nosotros recibimos nuestra vida espiritual de Cristo.

Cuando esta comunión permanece viva, el fruto aparece naturalmente. Jesús continuó diciendo:

“El que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.”

Juan 15:5

Esta afirmación redefine completamente la manera en que entendemos la vida espiritual. Nuestra victoria no depende de nuestra capacidad para controlar todas las circunstancias ni de nuestra habilidad para enfrentar cada ataque espiritual que pudiera surgir. Depende de nuestra relación con Cristo.

Separados de Él, simplemente perdemos la fuente misma de la vida espiritual, pero unido a Él, participamos de una vida que produce transformación interior, crecimiento espiritual y fruto que glorifica a Dios.

Esto no significa que el conflicto espiritual desaparezca. El Nuevo Pacto reconoce claramente la realidad de la tentación, la oposición espiritual y la presión cultural que debemos enfrentar con fe. Pero el secreto de la estabilidad espiritual no está en desarrollar una espiritualidad obsesionada con el conflicto, está en cultivar una comunión viva con Cristo.

Cuando permanecemos en Cristo, la verdad del evangelio continúa renovando nuestra mente. Cuando permanecemos en Cristo, el Espíritu Santo fortalece nuestro

corazón para resistir los deseos de la carne. Cuando permanecemos en Cristo, nuestra identidad espiritual se afirma en la seguridad del amor de Dios. Cuando permanecemos en Cristo, se fortalece nuestro discernimiento espiritual frente al engaño.

Todas las batallas que hemos considerado en los capítulos anteriores encuentran su equilibrio y su resolución en esta realidad central: “la comunión con Cristo”. Por eso el Nuevo Pacto insiste repetidamente en esta unión vital entre quienes hemos creído y nuestro Señor.

Pablo describe esta realidad utilizando una expresión que aparece constantemente en sus cartas: “*en Cristo*”.

Esta pequeña expresión contiene una de las verdades más profundas de la teología del Nuevo Pacto. Significa que nuestra vida está inseparablemente unida a la vida de Cristo. Pablo lo expresa con extraordinaria claridad cuando escribe:

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí.”

Gálatas 2:20

La vida cristiana no consiste simplemente en imitar a Cristo desde la distancia. Consiste en participar de Su vida. Nosotros vivimos en Él por Su cuerpo, y Él vive en nosotros por medio del Espíritu Santo, y esa vida en perfecta comunión produce transformación y fruto.

Por esta razón, la verdadera fortaleza espiritual no proviene de la intensidad de nuestras prácticas religiosas, sino de la profundidad de nuestra comunión con el Señor. Una vida llena de actividad espiritual puede estar espiritualmente vacía si no está arraigada en una buena comunión con Cristo.

Por el contrario, una vida aparentemente sencilla, pero profundamente conectada con el Señor, puede producir un fruto abundante y duradero. El peligro de una espiritualidad centrada exclusivamente en el conflicto es que puede desviar la atención de esta realidad fundamental.

Un creyente que no comprenda esto, puede terminar más concentrado en detectar la actividad del enemigo que en cultivar su comunión personal con Cristo, puede volverse experto en confrontación espiritual, pero descuidado en su comunión con el Señor.

El Nuevo Pacto presenta una dinámica de vida basada en la comunión espiritual. La victoria espiritual no se sostiene mediante confrontación constante, se sostiene mediante permanencia. Esto implica una vida de oración que no se limita a pedir intervención divina en momentos de crisis, sino que expresa una comunión continua con Dios.

Esto implica una relación con la palabra de Dios que no se reduce a la búsqueda ocasional de respuestas, sino que alimenta continuamente nuestra mente y nuestro corazón con la verdad del evangelio del Reino.

Implica también una vida de obediencia sencilla, donde aprendemos a caminar cada día bajo la dirección del Espíritu Santo, a vivir bajo Su gobierno. En esta vida de permanencia, descubrimos algo profundamente liberador, y es que no necesitamos vivir obsesionados con el conflicto espiritual. No necesitamos interpretar cada circunstancia como un ataque invisible. No necesitamos vivir en tensión permanente frente a las tinieblas, porque nuestro llamado principal es permanecer en Cristo.

Cuando cultivamos esa comunión con fidelidad, nuestra vida espiritual encuentra estabilidad, dirección y fruto. Entonces comenzamos a experimentar una libertad interior que no depende de las circunstancias externas, porque la paz de Dios guarda nuestro corazón, la verdad del evangelio fortalece nuestra mente y la presencia del Espíritu Santo produce transformación en nuestro ser.

Esta verdad no se aplica únicamente a la vida individual de cada uno, sino que la iglesia como comunidad está llamada a vivir desde esta misma realidad.

Cuando una iglesia comprende la victoria de Cristo, afirma su identidad, permanece arraigada en la verdad del evangelio y cultiva una comunión viva con el Señor, desarrolla una estabilidad espiritual que la protege de muchos de los extremos que han surgido a lo largo de la historia. Una iglesia así no vive obsesionada con las tinieblas. Vive centrada en Cristo.

Es precisamente ese tipo de comunidad la que puede caminar con claridad y sobriedad en medio de un mundo marcado por el conflicto espiritual. Esa es la Iglesia que necesitamos despertar ante los tiempos que se vienen.

“Y hagan esto conociendo el tiempo, que ya es hora de despertarse del sueño, porque ahora la salvación está más cercana de nosotros que cuando creímos.”

Romanos 13:11

Capítulo trece

UNA IGLESIA ESTABLE Y VICTORIOSA

*“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros,
¿quién contra nosotros?”*

Romanos 8:31

A lo largo de la historia, la iglesia ha vivido en medio de contextos culturales, espirituales y sociales profundamente diversos. En cada generación, el pueblo de Dios ha debido enfrentar desafíos particulares que ponen a prueba su fidelidad al evangelio y su capacidad para discernir el camino de la verdad en medio de un mundo lleno de voces contradictorias.

El conflicto espiritual no es una realidad exclusiva de nuestras experiencias individuales. También afecta a la comunidad de fe en su conjunto. Las iglesias pueden experimentar momentos de claridad espiritual y crecimiento saludable, pero también pueden verse afectadas por confusión doctrinal, por prácticas que desvían la atención del evangelio o por corrientes espirituales que terminan generando más ansiedad que edificación.

Por esta razón, una de las responsabilidades más importantes de los líderes cristianos consiste en cultivar comunidades espiritualmente estables, capaces de vivir con sobriedad y discernimiento en medio del conflicto espiritual que caracteriza al mundo caído.

La estabilidad espiritual de una iglesia no depende principalmente de la intensidad de sus actividades religiosas ni de la espectacularidad de sus experiencias espirituales. Depende de la claridad con la que el evangelio ocupa el centro de su vida y de su enseñanza.

Cuando Cristo permanece en el centro, la iglesia encuentra su orientación. Cuando Cristo es desplazado por otras preocupaciones, ya sea el poder espiritual, las experiencias extraordinarias o las estrategias humanas, la vida de la comunidad comienza a perder su equilibrio.

El apóstol Pablo expresó esta preocupación al escribir a los corintios, temiendo que su mente fuese desviada de la sencillez y pureza que es en Cristo (**2 Corintios 11:1 al 3**). Esta advertencia no estaba dirigida a una comunidad pagana, sino a una iglesia cristiana que comenzaba a experimentar confusión espiritual.

El peligro que enfrentaba no era la ausencia de espiritualidad, sino una espiritualidad mal orientada. Este mismo riesgo puede manifestarse en muchas comunidades cristianas contemporáneas.

Una iglesia puede hablar constantemente de guerra espiritual y, sin embargo, perder de vista la centralidad de Cristo. Puede dedicar gran parte de su tiempo a confrontar las tinieblas y, al mismo tiempo, descuidar la formación doctrinal, el discipulado y la maduración espiritual de sus miembros. Puede volverse experta en identificar ataques espirituales, pero débil en el conocimiento de la verdad del evangelio.

Cuando esto ocurre, la comunidad corre el riesgo de desarrollar una cultura espiritual marcada por el temor, la sospecha y la dependencia constante de intervenciones extraordinarias. Pero el Nuevo Testamento describe un modelo de iglesia profundamente distinto.

Una iglesia madura es una comunidad arraigada en la verdad. Es una comunidad donde la palabra de Dios ocupa un lugar central, donde la enseñanza bíblica forma la mente de los creyentes y donde el evangelio define la identidad colectiva del pueblo de Dios. El apóstol Pablo exhorta a Timoteo con palabras que revelan la importancia de esta tarea:

“Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina.”

2 Timoteo 4:2

Como maestro de la Palabra, puedo afirmar que la estabilidad espiritual de una iglesia depende en gran medida

de la fidelidad con que la verdad de Dios es proclamada y enseñada por el liderazgo.

Cuando la palabra de Dios es presentada con claridad y profundidad, la mente de los creyentes comienza a ser formada por la verdad. Esta formación produce discernimiento espiritual y protege a la comunidad de muchas de las confusiones que surgen cuando la enseñanza bíblica es reemplazada por opiniones humanas o por modas espirituales pasajeras.

Además de estar arraigada en la verdad, una iglesia madura debe cultivar una espiritualidad centrada en Cristo. La adoración, la predicación, el discipulado y la vida comunitaria giran alrededor de la persona y la obra del Señor. La cruz no es un elemento periférico de la fe cristiana, sino el fundamento sobre el cual toda la vida espiritual se construye.

Cuando Cristo ocupa ese lugar central, la comunidad encuentra estabilidad. Las experiencias espirituales son evaluadas a la luz del evangelio, las enseñanzas son examinadas según la verdad de las Escrituras, y las prácticas espirituales son orientadas hacia la edificación del cuerpo de Cristo.

En este contexto, la iglesia puede reconocer la realidad del conflicto espiritual sin desarrollar una obsesión con las tinieblas. Sabe que el enemigo existe, pero también sabe que Cristo ha vencido. Sabe que el engaño opera en el mundo,

pero también sabe que la verdad del evangelio tiene poder para iluminar las mentes.

Una iglesia madura, sabe que el pecado continúa siendo una realidad en la experiencia humana, pero también sabe que el Espíritu Santo está obrando para transformar el corazón de los creyentes. Esta perspectiva produce una espiritualidad equilibrada, porque la iglesia no vive en negación del conflicto espiritual, pero tampoco vive dominada por él vive consciente de la victoria de Cristo.

Esta conciencia transforma profundamente la manera en que la comunidad enfrenta los desafíos espirituales. En lugar de responder con temor o dramatismo, responde con fe, con discernimiento y con fidelidad a la verdad. En lugar de buscar soluciones rápidas mediante prácticas extraordinarias, invierte en la formación espiritual profunda de sus miembros.

Una iglesia madura comprende que la verdadera fortaleza espiritual se construye mediante el discipulado, la enseñanza de la palabra de Dios, la vida de oración y la comunión entre los creyentes.

Estas prácticas, aparentemente sencillas, han sido los instrumentos mediante los cuales Dios ha sostenido a su pueblo a lo largo de los siglos.

Cuando estas realidades están presentes, la iglesia se convierte en un espacio donde los creyentes pueden crecer con estabilidad, los nuevos creyentes encuentran fundamento

para su fe, los creyentes más maduros encuentran oportunidades para servir y edificar a otros. La comunidad aprende a caminar junta, sosteniéndose mutuamente en medio de las luchas de la vida. De esta manera, la iglesia se convierte en un testimonio visible del reino de Dios en medio del mundo.

Una iglesia madura, no necesita impresionar mediante espectacularidad espiritual. Su testimonio se expresa en la fidelidad al evangelio, en el amor que se manifiesta entre los creyentes y en la transformación que la gracia de Dios produce en las vidas.

En un mundo lleno de confusión espiritual, una iglesia que vive de esta manera se convierte en un faro de claridad. En un contexto donde muchas voces intentan redefinir la verdad, una comunidad arraigada en la palabra de Dios ofrece un punto de referencia firme. En una cultura marcada por el temor y la incertidumbre, una iglesia que descansa en la victoria de Cristo irradia esperanza.

Este es el tipo de comunidad que el Nuevo Testamento describe como el cuerpo de Cristo. Una iglesia centrada en el Señor, una iglesia formada por la verdad, una iglesia fortalecida por la comunión, una iglesia que vive consciente de la victoria del evangelio, y es precisamente desde esa victoria que el creyente del Nuevo Pacto está llamado a vivir.

No intentando ganar una guerra que aún está en duda, sino aprendiendo a caminar cada día en la victoria que Cristo

ya ha obtenido. Esta verdad nos conduce al pensamiento final que resume todo lo que hemos considerado a lo largo de estas páginas.

“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”

Romanos 8:37 al 39

CONCLUSIÓN

“Vivir desde la victoria”

A lo largo de estas páginas hemos recorrido un camino que comenzó con una pregunta sencilla pero profundamente importante: ¿cuál es realmente la batalla del creyente bajo el Nuevo Pacto?

Para muchos cristianos, la vida espiritual ha sido presentada como una guerra interminable contra fuerzas invisibles que parecen amenazar constantemente la estabilidad que debemos tener los hijos de Dios. En ese contexto, la fe puede transformarse fácilmente en una experiencia marcada por la tensión permanente, la sospecha espiritual y el temor de que en cualquier momento un nuevo ataque del enemigo altere el equilibrio de nuestra vida cristiana.

Sin embargo, al examinar cuidadosamente el testimonio del Nuevo Testamento, descubrimos que la realidad espiritual de los creyentes es mucho más profunda y mucho más gloriosa que esa perspectiva limitada.

La Escritura no niega la existencia del conflicto espiritual. El mundo continúa siendo un escenario donde el pecado, el engaño y la oposición espiritual siguen presentes. Pero el evangelio introduce una verdad que cambia completamente la manera en que ese conflicto debe ser comprendido: “Cristo ya ha vencido”.

La cruz no fue solamente el lugar donde nuestros pecados fueron perdonados; fue el momento decisivo donde el poder del pecado fue quebrado, la acusación fue silenciada y los principados y potestades fueron despojados de su autoridad. La resurrección confirmó públicamente esa victoria.

Jesucristo fue exaltado por encima de todo principado, autoridad y poder. Su señorío no es provisional ni limitado. Es absoluto y eterno, y el evangelio del Reino anuncia que aquellos que creen en Él han sido incorporados a esa victoria.

Hemos sido reconciliados con Dios.

Hemos sido trasladados al Reino del Hijo.

Hemos sido metidos en el Hijo

Hemos sido sentados en lugares celestiales Él.

Hemos sido hechos un espíritu con Él.

Hemos sido completados en Él.

Estas verdades redefinen completamente la manera en que debemos entender nuestra vida espiritual. Los cristianos no debemos vivir tratando de obtener una victoria que aún está en duda, debemos vivir aprendiendo a caminar en una victoria que ya ha sido consumada.

Esta perspectiva no conduce a la pasividad espiritual ni a la ingenuidad frente a la realidad del mal. El Nuevo Pacto sigue exhortando a los creyentes a permanecer vigilantes, a resistir al enemigo y a caminar en santidad, pero esa

vigilancia ya no nace del miedo, nace de la conciencia de la obra consumada de Cristo.

A lo largo de este libro hemos visto que las verdaderas batallas en el Nuevo Pacto se desarrollan principalmente en otros terrenos. Se desarrollan en la mente, donde la verdad del evangelio debe reemplazar las mentiras que deforman la comprensión de la realidad. Se desarrollan en la lucha contra la carne, donde aprendemos a caminar bajo la dirección del Espíritu Santo en lugar de seguir los impulsos de nuestra naturaleza caída.

Se desarrollan en la afirmación de la identidad en Cristo, donde la gracia de Dios libera nuestro corazón de la culpa, del temor y de la inseguridad espiritual. Se desarrollan también en el discernimiento frente al engaño, donde la verdad de la Palabra de Dios nos protege de las distorsiones que intentan apartarnos de la simplicidad del evangelio del Reino.

Pero por encima de todas estas batallas se encuentra una realidad que sostiene la vida espiritual de todos los hijos de Dios: Que la verdadera victoria no se sostiene mediante confrontación constante, se sostiene mediante una comunión permanente en Cristo.

Jesús no llamó a sus discípulos a vivir obsesionados con el conflicto espiritual. Los llamó a permanecer en Él. Así como la rama recibe su vida de la vid, nosotros recibimos nuestra vida espiritual del Señor. De esa comunión surgen la

transformación del carácter, la renovación de la mente y el fruto que glorifica a Dios.

Cuando esta verdad se comprende, nuestra vida cristiana comienza a experimentar una profunda liberación. Los hijos de Dios dejamos de vivir intentando protegernos a través de gritos y actos proféticos, simplemente nos paramos firmes en la verdad eterna de la obra consumada de Cristo. Descansamos en Su victoria. Dejamos de interpretar cada dificultad como evidencia de un ataque invisible. Aprendemos a caminar con confianza en la fidelidad de Dios. Dejamos de vivir dominados por la ansiedad espiritual y nos aferramos a la gracia permanente que nos sostiene.

Esta perspectiva transforma la vida de la iglesia en general. Una comunidad centrada en Cristo no necesita vivir obsesionada con las tinieblas. Reconoce la realidad del conflicto espiritual, pero su atención principal está dirigida hacia el Señor que ha vencido.

Predica el evangelio con claridad.

Forma a los creyentes en la verdad.

Cultiva una vida de comunión con Dios.

Camina con sobriedad y discernimiento en medio de un mundo cada vez más oscuro y peligroso.

De esta manera, la iglesia se convierte en un testimonio vivo de la victoria del Reino de Dios, hasta la venida gloriosa del Rey.

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

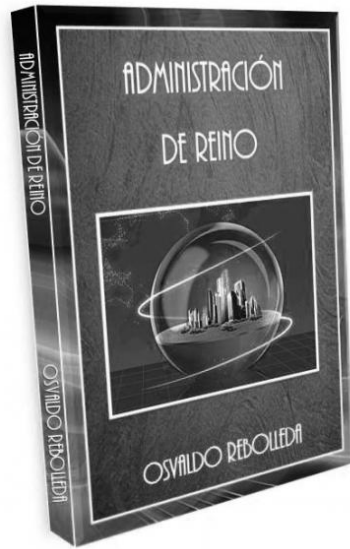
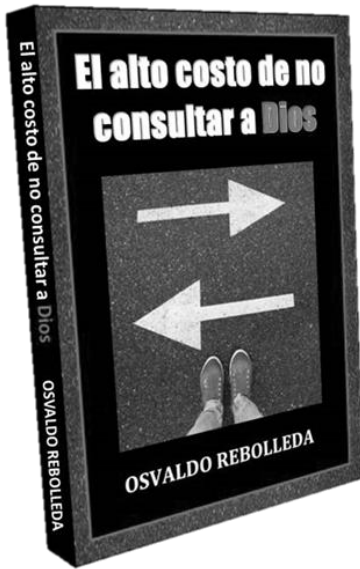
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

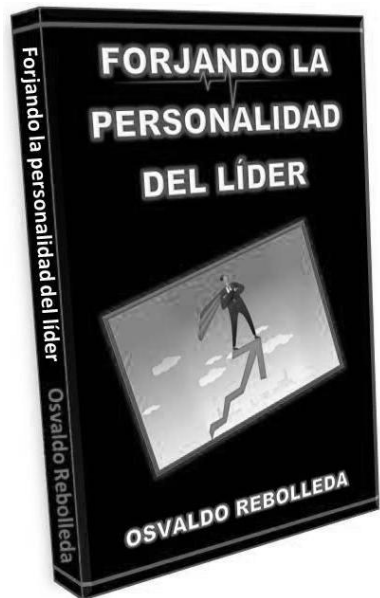
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

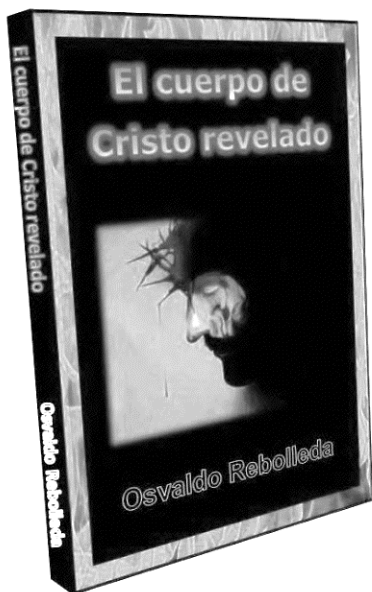
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

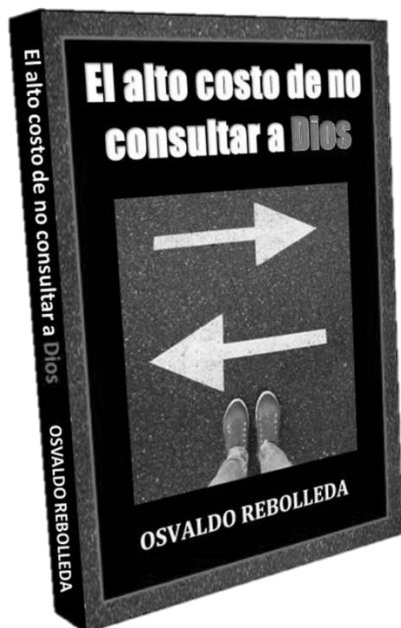


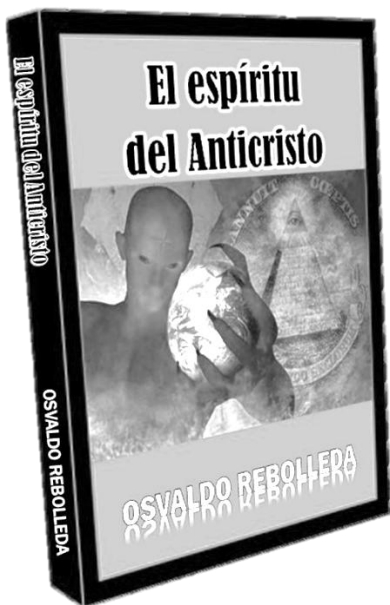
www.osvaldorebolleda.com



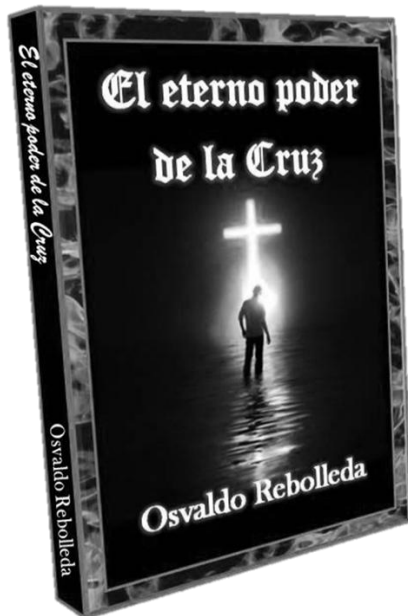
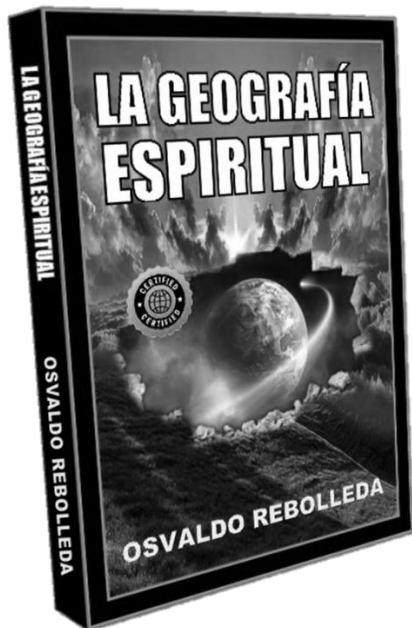


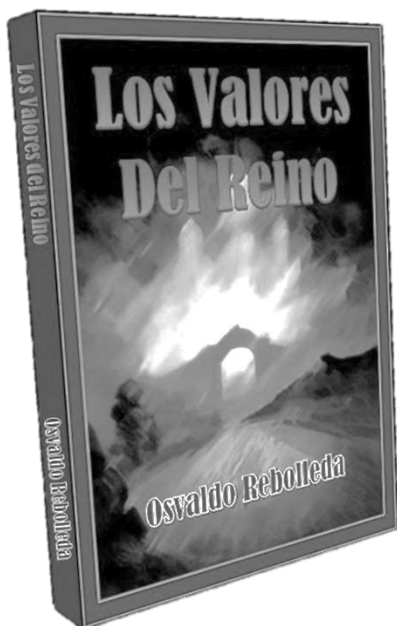
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

